



ALMARQUE



DEL

Comico

Madrid



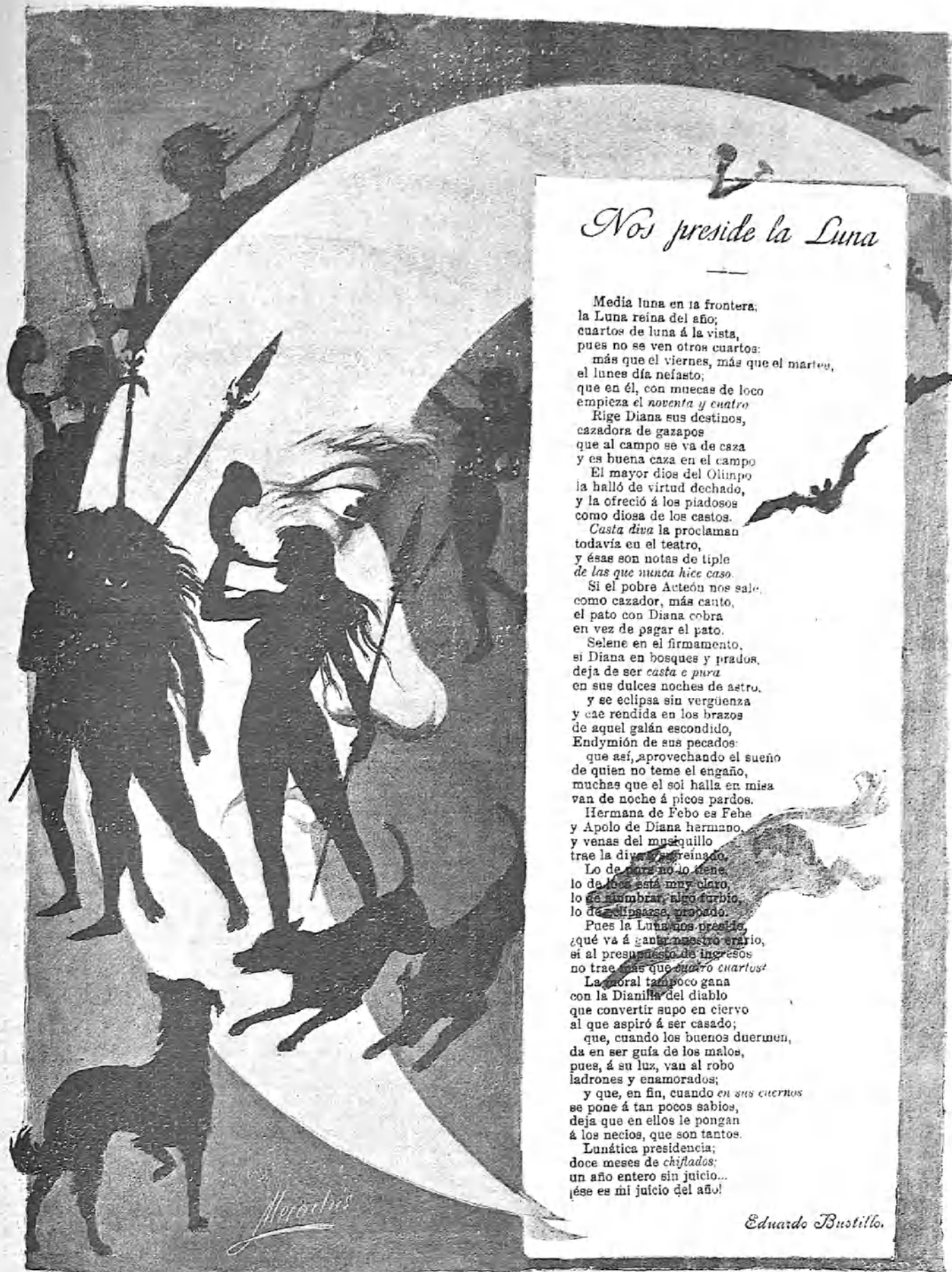
*Pilla*

PARA

1894

Preço: 50 cénts.





## Nos preside la Luna

Media luna en la frontera,  
la Luna reina del año;  
cuartos de luna á la vista,  
pues no se ven otras cuartos:  
más que el viernes, más que el martes,  
el lunes día nefasto;  
que en él, con muñecas de loco  
empieza el noventa y cuatro.

Rige Diana sus destinos,  
cazadora de gazapos  
que al campo se va de caza  
y es buena caza en el campo.  
El mayor dios del Olimpo  
la halló de virtud dechado,  
y la ofreció á los piadosos  
como diosa de los castos.

*Casta diva* la proclaman  
todavía en el teatro,  
y ésas son notas de tiple  
de las que nunca hice caso.

Si el pobre Acteón nos sale,  
como cazador, más cauto,  
el pato con Diana cobra  
en vez de pagar el pato.

Selene en el firmamento,  
si Diana en bosques y prados,  
deja de ser *casta e pura*  
en sus dulces noches de astro,  
y se eclipsa sin vergüenza  
y cae rendida en los brazos  
de aquel galán escondido,  
Endymión de sus pecados:  
que así, aprovechando el sueño  
de quien no teme el engaño,  
muchas que el sol halla en misa  
van de noche á picos pardos.

Hermana de Febo es Febe  
y Apolo de Diana hermano,  
y venas del mosquito  
trae la diosa arreinao.

Lo de *cars* no lo tiene,  
lo de *loos* está muy claro,  
lo de *sumbrar*, algo turbio,  
lo de *eliparse*, prohibido.

Pues la Luna nos preside,  
¿qué va á *ganar* nuestro erario,  
si al presupuesto de ingresos  
no trae más que *cuatro chartust*?

La moral tampoco gana  
con la Dianilla del diablo  
que convertir supo en ciervo  
al que aspiró á ser casado;  
que, cuando los buenos duermen,  
da en ser gufa de los malos,  
pues, á su luz, van al robo  
ladrones y enamorados;

y que, en fin, cuando en sus cuernos  
se pone á tan pocos sabios,  
deja que en ellos le pongan  
á los necios, que son tantos.

Lunática presidencia;  
doce meses de *chiflados*;  
un año entero sin juicio...  
ése es mi juicio del año!

Eduardo Bustillo.





## EL FRUTO DE LA EXPERIENCIA

Murió Teodoro y fué al cielo, como era de esperar; había sido un marido desgraciado y uno de los varones justos que siempre hay en esta tierra de lágrimas, aunque no abundan. Teodoro se encontraba en la mansión divina como en la gloria, naturalmente, y libre de afectos humanos, olvidado de pasados sufrimientos, gozaba plenamente de esa unión mística del alma con su Creador que con tanto fuego describen los padres de la Iglesia.

Pero el Señor, en sus inescrutables propósitos, había permitido al alma de Teodoro lo que á ninguna otra había tolerado jamás, y era que conservase un recuerdo mortificante de aquella infiel que aciba-

ró su existencia. No era un recuerdo de amor, ni de odio tampoco; era un resto del amor propio herido, una especie de escozor que se puede condensar en esta frase: ¡Me han engañado!

Un día, en un corro de serafines, dió rienda suelta á su mal curado resentimiento:

—De lo que á mí me ha sucedido tiene la culpa—decía—lo mal organizado que está el mundo. Porque el juicio, la reflexión y la experiencia que tiene uno cuando ya no le hacen falta las mujeres ni éstas le hacen caso para nada, debían poseerse cuando empieza la batalla de la vida. En la edad en que el hombre se casa es cuando son necesarias esas cualidades, que luego para nada sirven.

Los ángeles se taparon los oídos al escuchar aquel lenguaje en la mansión celestial y todos temieron que se repitiera el caso de Luzbel y Teodoro fuera á parar de un golpe á los infiernos para hacer compañía á su mujer, que allí debía estar sin duda alguna.

Pero no hubo nada de eso: cuando Teodoro, lleno de lágrimas, iba á arrojarse á los pies del Padre Eterno, le detuvo la sonrisa benévola de éste, que con voz afable é irónica á la vez exclamó:

—Puede que tengas razón, y vamos á hacer un pequeño ensayo: mañana nacerás en el mundo, y cuando llegues á los treinta años tendrás conciencia de tu encarnación anterior y toda la experiencia que atesorabas á tu muerte. ¡Anda Conmigo!

\*\*\*

¡Y apenas si Teodoro se dió tono cuando, llegado á la edad de la razón, se encontraba en el mundo con el recuerdo completo de su vida pasada! ¡Cómo miraba á las mujeres! ¡Con qué aire pedante las contemplaba en los círculos de la buena sociedad á que concurría! —A mí no me la dais con vuestro aire candoroso, decía para sí; os conozco divinamente y sé más que todas vosotras juntas. Una vez estuvo para casarse con una rubia angelical; pero averiguó que cuando era una niña había tenido dos novios á un tiempo, y en el acto dió por terminadas las relaciones. Su experiencia le hizo huir del altar una porción de veces en que ya le parecía seguro que iba á contraer matrimonio. Una palabra sospechosa de la novia, una frase de cariño demasiado viva, un antecedente que descubría y relacionaba con los de su anterior esposa eran motivo para que él escapara de las garras del amor, diciendo:—Si me descuido, ¿eh? ¡Cuánto me va á agradecer el Señor este experimento! Tenía yo razón.

Una tarde marchaba por la calle de Sevilla engreído en su suficiencia respecto de mujeres, cuando fijó su vista en el esbelto talle y gracioso andar de una enlutada que se adelantaba en su misma dirección y que pasó rozándole la levita.—Debe ser guapa, pensó Teodoro sintiéndose atraído por los menudos y segnidos pasos de la desconocida, cuyos taconitos producían un llamativo repiqueteo en la acera, al propio tiempo que incitaban á mirar el principio de cosas que, por no mostrarse más que en sus comienzos, dejaban á la fantasía del observador la libertad de formarlas según su deseo.

Lo primero que dice un hombre á una mujer es siempre una tontería, y esto que entraba en el caudal de experiencia de Teodoro le



estimulaba á pensar siempre con cuidado la forma en que había de comenzar el asalto. Iba acercándose á la enlutada con paso acelerado, y en su mente aceptaba y desechaba sucesivamente las frases con que había de emprenderla si ella era guapa, que así debía serlo, porque su ojo clínico en estas materias no la engañaba con facilidad.

Por fin se puso á su lado, y cuando iba á soltar las primeras palabras, ella volvió la cabeza y Teodoro se quedó clavado en la calle, al mismo tiempo que el corazón le daba un salto terrible y en la garganta se ahogaba un grito que le hacía exhalar la sorpresa. ¡Era su mujer! Su mujer, que no había muerto según él se figuraba; su mujer, que todavía le llevaba luto; su mujer, que estaba mucho más bella que cuando él expiró y cuya vida debía ser un verdadero escándalo una vez desligados por la muerte de aquel lazo indisoluble que tan en poco tuvo un día.

La primera impresión de Teodoro fué la de apelar á la fuga; pero la curiosidad se apoderó de su ánimo y le detuvo. Sería curioso, puesto que en su nueva encarnación no podía conocerle, intimar con ella, hablarle del difunto, medir al momento el dolor que le producía su recuerdo, oírle hablar del concepto en que le tenía después de la separación á que dió origen su falta... en una palabra, acabar de conocerla á fondo y apreciar la intensidad de su delito.

En todas estas reflexiones empleó sólo algunos segundos Teodoro, y aunque Teresa (que así se llamaba su esposa) se había alejado bastante sin volver ni una vez la cabeza, todavía alcanzaba á verle, provocándole á seguirla con aquel andar que parecía una serie de breves y continuados saltitos.

La curiosidad le venció y echó en pos de Teresa, que á los pocos momentos entró en una casa que fué reconocida en el acto por Teodoro. Allí habitaba una tía suya con la que siempre habían tenido poco trato y con quien sin duda vivía ahora la delincuente. Intrigado fuertemente por averiguar la vida que haría su mujer, empezó en el acto sus investigaciones. Primero la portera, luego el tendero de la esquina, por la noche el sereno, todos fueron interrogados y de todos obtuvo las mismas noticias. Doña Teresa era una señora ejemplar; no vivía más que para recordar á su difunto esposo, á quien debía adorar con verdadero frenesí. En todo esto lo que más sorprendía á Teodoro era que nadie tenía noticia de aquel abogado insignificante y enteco de quien un día encontró una carta á Teresa, y que fué la causa de su separación. Parecía natural que, una vez viuda, los amantes hubieran dado rienda suelta á su inmortal pasión, y, sin embargo, nadie daba el menor indicio de semejante sujeto.

Por primera vez en sus vidas pensó Teodoro si se habría equivocado; pero no podía ser, la carta estaba impresa en su memoria, y era un documento fehaciente. De todos modos, era preciso explicarse eso claramente, y para ello lo mejor sería entrar en relaciones con Teresa. Esto era fácil, él ya sabía demasiado cómo abordarla, conocía sus gustos, sus aficiones y sus debilidades; aquello iba á ser jugar como el gato con el ratón antes de devorarlo.

Gran sorpresa fué la suya cuando, después de admitido como amigo en casa de Teresa, rechazó sus pensamientos amorosos alegando que el recuerdo de un esposo, que es lo único que había querido en el mundo, estaba tan vivo que difícilmente contraería segundas nupcias á pesar de su juventud. Nada halló que más le envaneciera que esta respuesta; aquello debía ser verdad, porque á él ¿qué interés podía tener en engañarle? El tiempo pasaba, y Teodoro se iba aficionando otra vez á Teresa; pero de un modo tan insensible, que él seguía jugando como curiosidad lo que ya eran deseo y afecto mal encubiertos. Teresa al fin accedió á las reiteradas pretensiones de Teodoro, que de ningún modo se proponía llegar hasta el fin, ó sea hasta el altar, con aquella mujer. Su carácter de novio oficial le dió pretexto para entrar en conversaciones que constituían á su juicio el único objeto de aquella peligrosa maniobra. Aunque con cierto temor abordó un día la cuestión, y pretextando los escrúpulos que naturalmente asaltan al hombre que va á dar su mano y nombre á una mujer, hizo veladas indicaciones acerca de ciertos rumores que había oído respecto de disgustos graves ocurridos entre ella y el difunto.

Teresa debía tener prevenida esta escena, porque, derramando abundantes lágrimas y con un acento de sinceridad que llegaba al corazón de Teodoro, le hizo un verdadero discurso tan persuasivo como sentido.

— Esperaba esto—decía,—y por eso me resistía á aceptar sus insinuaciones amorosas. Ese hecho es el tormento de mi vida. Yo le juro á usted que soy inocente; pero no conocía el alcance de ciertas coqueterías que la edad debe disculpar. Quizá di yo pretexto para que un hombre audaz me escribiera algunas cartas, una de las cuales cayó en poder de mi esposo, pero yo ni de pensamiento falté jamás al cariño de Teodoro. Se murió sin creerme, y usted, por lo visto, no me va á creer tampoco. Esta es mi desgracia, justa y merecida, porque no se debe poner cara amable al hombre que pueda turbar la paz de un matrimonio. ¡He sido ligera, pero no he sido pecadora, y, sin embargo, he sufrido las consecuencias de las que pecan!

El dolor la ahogaba al hacer estos razonamientos, y Teodoro, vacilante, perplejo, sin determinar lo que sentía en aquel momento, procuró consolarla lo mejor que pudo; pero salió de allí completamente transformado. Aquel lenguaje parecía el Evangelio, y además abonaba todo lo dicho la desaparición del abogado cansante de sus desdichas y los testimonios de todos los que conocían la vida de Teresa.

Esta continuó su argumentación con tal fuerza, que al poco tiempo Teodoro se convenció de que aquella carta no comprometía á su

esposa, y que los celos le habían cegado, llevándole más allá de lo justo.

— Dios me ha mandado á la tierra para que me convenza de mi error—acabó por afirmar, y ayudado de los ojos expresivos de Teresa y de la flexibilidad de aquel talle que podía volver á estrechar entre sus brazos, se persuadió pronto de que su esposa era una mártir. Cuando en pro de la causa de una mujer argumentan sus encantos, no hay más remedio que creerla... creerla... y casarse, y así ejecutó Teodoro, no sólo por desearlo ardientemente, sino por hacer una reparación que él estimaba justísima.

\* \* \*

Dos años llevaba Teodoro de lo que podía llamarse rematrimonio, y ninguna nube turbaba su felicidad. Por supuesto que no dejaba de atribuir su dicha actual á que había tenido en su segunda vida toda la experiencia de la primera, ratificándose más y más en su creencia de que el Divino Hacedor se vería precisado á realizar una reforma esencial en la manera de ser de los humanos.

Una tarde la criada entró en el despacho dando gritos. La señora era víctima de un ataque que tenía todos los caracteres de una apoplejía. Corrió Teodoro á la habitación de su esposa y la halló en el suelo, sin movimiento, con los ojos abiertos y el rostro amoratado. Sobre la mesa había una carta empezada que sin duda estaba escribiendo cuando la sorprendió el mal. Teodoro cogió el papel, y después de llevar á la cama á Teresa y de avisar á los médicos, se puso á leerlo, por si había alguna relación entre el escrito y las causas del accidente.

¡Qué horrible sorpresa!

La carta estaba dirigida al mismo abogadillo que turbó la paz del anterior matrimonio, y decía: «Veo que tienes el valor de recriminarme porque me encuentras casada otra vez. ¿Qué iba á hacer después de irte tú á Filipinas y dejarme abandonada? Por lo demás, ya sabes que eso no es inconveniente. Mi segundo marido es más tonto que el primero.»

— ¡Más tonto que yo!—exclamaba Teodoro retorciendo el papel entre sus manos.

— ¡Yo más tonto que yo!

— He de decir, ¿yo cada vez más tonto?

Iba á tomar una venganza feroz, pero era inútil. Teresa moría en aquellos momentos sin decir una palabra ni volver al conocimiento.

\* \* \*

— ¡Calle! ¿eres tú?—dijo San Pedro, viendo llegar á Teodoro á las puertas del cielo.

— Sí, señor, yo—respondió tímidamente.



— Parece que vienes mustio... ¿Es que te ha engañado otra mujer?

— No, señor.

— Vamos, te ha servido tu experiencia.

— Es que me ha engañado la misma.

Tras de la puerta de la mansión celeste se oyó el estallido de infantes carcajadas cuyo argentino sonido tenía un timbre burlón y mortificante.

Eran los serafines, que esperaban el resultado de las experiencias de aquel soberbio y que le persiguieron con sus risas hasta que, corrido y avergonzado, se refugió en el rincón de la Gloria que la infinita misericordia de Dios le había reservado para su vuelta.

Emilio S. Pastor.

## LA NOCHEBUENA DE UN CABALLERO

(POR APELES MESTRES)



En el sancto nombre de Dios é de la Caballería, llama un caballero andante á las puertas de un convento en la noche de la Natividad del Sennor.



É con grande comedimiento, en el nombre del Sennor Dios é de la Caballería, pide de qué matar la hambre.



É dale la sopa el padre guardián en el nombre del Sennor Dios é de la Caballería.



É al coitado caballero paréscete ser la sopa de ajos ..



É magüer que de ajos, poca...



É magüer que poca, de menguadísima substancia.



É con tanta hambre como es llegado prosigue el caballero su camino, en el sancto nombre del Sennor é de la Caballería.



## Efemérides.

Como ya en nuestra tierra, que esté en gloria,  
 todos hemos perdido la memoria,  
 no está mal un recuerdo del pasado,  
 por supuesto con lujo y decorado,  
 lo mismo que esas obras teatrales  
 que escriben varios chicos animales.  
 Escribí este trabajo en pocos meses,  
 á la ligera, casi á vuelapieses;  
 y no va todo en verso de Carulla,  
 para que no le crean obra «sulla.»

## ENERO

**719** (antes de J. C.).—Destrucción de Sagunto. El capitán general Anibal Rodríguez es herido en el peroné por una flecha.

**631** (después de J. C.).—Sitio de Zaragoza por D. Sisenando y los franceses. Bravura del tío Jorge, y origen ó motivo de la jota de *El día de la Africana*.

## FEBRERO

**1072.**—(Después de Joseph Caprara.)  
 A don Sancho, en el sitio de Zamora,  
 despacha un señorito zamorano;  
 Zamora se hace sector y es aplaudido  
 como joven galán y campechano.

**1294.**—Se estrena *Guzmán el Bueno*  
 en la plaza de Tarifa:  
 muere de veras el niño  
 que hace el hijo de familia.

## MARZO

**1444.**—Cae Mohamed el Izquierdo,  
 el rey moro de Granada.

**1892.**—Gran baile de tarde y noche  
 en el salón de la Alhambra,  
 con premios á las señoras  
 que lleven menos «cazcarrias.»

## ABRIL

**802.**—Los suevos, los zuavos, los hnnos, los hotros, los vándalos,  
 los alanos, los dogos, los árabes, los almohades, los almoravides, los  
 merinitas, los bereberes, los judíos y los representantes de los comi-  
 tés ejecutivos de fenicios, griegos, cartagineses, romanos, fustio-  
 nistas, «gronpiers» y «puntos figurados» obsequian con fraternal  
 banquete á *Asmodeo*, por su última revista de salones.

## MAYO

**1866.**—Combate del «Callado.»  
 Hasta el nombre del jefe denodado  
 que dió á nuestra marina tanta gloria,  
 casi callado se legó á la historia.

## JUNIO, JULIO, AGOSTO Y SETIEMBRE

**714, 1040, 1110, 1820,**  
**1835,** etc., hasta el año corriente,  
 salió á baños la Cava, salió Angulo;  
 todo el gremio burgués y algo del chulo  
 también fueron á baños,  
 tanto en los dichos, como en otros años:  
 unos *cabe* Vichy, quién á Bilbao,  
 quién á San Sebastián y quién al Grado;  
 y otros varios «pelgares»,  
 como don Fruela, Alimenón, *Lechuga*,  
 remojaron la piel en Manzanares,  
 y las mozas de rumbo, la pechuga.

## OCTUBRE

**1571.**—Combate de Lepanto.

**1893.**—(De S. y C.) ó sea (de Sagasta Company) (extralimited).—  
 Se estrena una tiple en el Real y varias kabilas en el Riff.

## NOVIEMBRE

En este mes y en el otro  
 debutan varios besugos,  
 ú bien como novilleros,  
 ú bien poetas ó músicos.  
 Siempre hubo buñuelos, gachas  
 y Tenorios como puños.  
 Han descubierto los sabios  
 del *the funeral infundio*  
 que en este mes nació César,  
 aunque le llamaban Julio,  
 como á Ruiz, por ejemplo,  
 y á otros honónimos suyos.

## DICIEMBRE

Desde el **1** hasta **1892.**—Se celebra el Nacimiento del Niño.  
 En Martín á lo vivo, con niños naturales ó con actores artificiales.  
 Varios judíos se cortan los rabos, por indignación.  
 Otros operan hasta en los días de Pascua, sobre sueldos de mili-  
 tares y paisanos.

¡Ay, pavos, pero al alcance de todas las inteligencias!

*Eduardo de Palacio*

## INFANTERÍA ESPAÑOLA

(por Alfredo Perca.)



Capitán.



## DOS ENCARGUITOS

Habrás, lector, de saber  
 que Fermína Balaguer,  
 la sobrina de un barón  
 que no tiene qué comer  
 y no obstante es un tragón,  
 me pidió desde Oroquieta  
 una receta completa  
 del timbal de macarrones,  
 y redacté la receta  
 con claras explicaciones;  
 v. r. gracia: «Tomense  
 macarrones, queso, harina,  
 menudillos de gallina...»  
 En fin, puse lo que hallé  
 en mi libro de cocina.  
 A la vez, por darse tono,  
 el cura don Homobono  
 me escribió que le mandara  
 unas coplas nuevas para  
 cantárselas al patrono  
 del Zarzal, que dicen que es  
 un San Antón cordobés  
 del que hay que apartar la vista,  
 porque parece un murguista  
 con el trombón á los pies.

Hice al santo estas *copillas*:  
 «¡San Antón! ¡Por el cebón  
 que te lame las canillas,  
 te pedimos de rodillas  
 que nos des tu protección!»

«¡San Antón! ¡Santo inmortal!  
 ¡Libranos de todo mal!  
 ¡Te lo pide el pueblo entero  
 por tu dulce compañero,  
 que es la gloria del Zarzal!»

Hechas las coplas así,  
 para su copia las di,  
 lo mismo que la receta;  
 pero la mano indiscreta  
 del escribiente jay de mí  
 trocó, sin duda, los sobres,  
 y por el cambio fatal,  
 la receta del timbal  
 llegó á poder de los pobres  
 indígenas del Zarzal,  
 y por la misma razón  
 las coplas á San Antón  
 fueron—¡es claro!—á poder  
 de Fermína Balaguer,  
 la sobrina del barón.

Y hoy—la cosa es peregrina,—  
 en tanto que en Oroquieta  
 se vuelve loca Fermína  
 y á hacer el timbal no atina  
 por más que lee la receta,  
 los devotos del Zarzal,  
 pegue bien ó pegue mal,  
 no hacen nunca su función  
 sin cantarle á San Antón  
 la receta del timbal.

*Juan Pérez Súaña.*

BARCELONA PINTORESCA (por Pellicer).



Calle de la Tapinería.



## LOS ESPECÍFICOS

El boticario don Lino, que parece tan formal y tan honrado y tan fino, es el hombre más ladino de toda la capital.

Sabiendo que mucha gente en la botica de enfrente compraba una medicina que era un remedio excelente usado en la *tos ferina*,

sin maldita la aprensión se dijo un día: —¡Canario! Ese hombre hace un fortunón. ¿No soy también boticario? Pues ¡a explotar el filón!

Y con intención artera, y no como hombre científico, sino de mala manera, hizo un jarabe cualquiera con honores de *específico*.

—«Autiferino probado.» Esto así, bien presentado con su frasco y con su estuche, si dura la *coqueluche* es negocio asegurado.

¡Ajajá! ¡Perfectamente! Oye (dijo al dependiente). Mañana mismo á la venta. Verás cómo se revienta el boticario de enfrente.

—¡Ay, señor! Usted no sabe... —¿Qué?

—Que la cosa es muy grave. La *tos ferina* declina, y no habiendo *tos ferina* se va á perder el jarabe.

—Hombre, por poco te inquietas. Este jarabe dará, de fijo, muchas pesetas. Toda la cuestión está

en cambiar las etiquetas.

Teniendo ese estante lleno, fuera una pérdida ociosa.

¿Que no hay *tos ferina*? ¡Buena! Pues como eso no es veneno, servirá para otra cosa.

—¿Cómo!

—¡Ya lo pensaré!

—¡Señor!...

—Sois unos babiecas.

¿A qué lo dedicaré?

¡Cállate! ¡Ya lo encontré!

¡Especial... en las *jaquecas*!

Esas, por fortuna, aquí abundan siempre.

—Eso sí.

—Pues ya se arregló el asunto. Mandaré imprimir al punto las etiquetas así:

«EL JARABE MILAGROSO del doctor don Lino Urosas. Específico precioso en las *jaquecas* biliosas ó de carácter nervioso.»

¿Crearás, querido lector,

que tuvo don Lino un frasco?

¡Pues vende que es un horror!

¡Y se gana el buen señor

medio duro en cada frasco!

«Ese es un bribón!» dirás.

¡Es claro! Va á su interés.

Pero tú ignoras quizás

que en este asunto hay quien es

más bribón que él, ¡mucho más!

¿Quién? ¡El doctor que ha firmado,

con cinismo escandaloso,

que en las *jaquecas* le ha dado

excelente resultado

el *jarabe milagroso*!...

Vital Aza.

## LA VENGANZA

I

Quedé extático al verle... Recordaba siempre su historia de sonrojo y pena, muy frecuente, verdad, mas no por eso menos amarga y menos lastimera.

Muy joven, casi un niño, ante las plantas de una mujer cayó, y en su inocencia, sin ver el fondo del abismo, un día la dió su amor, su nombre... ¡su alma entera! Después... de la mujer idolatrada, para él de encantos y virtudes llena, surgieron los afanes de la infame, los resoplidos de la tosca bestia, y leyendo, con un hombre, de su esposo, echó el hogar y la ilusión por tierra. Yo le vi entonces... A su faz marchita asomó del dolor la horrible mueca, y creí que ni el tiempo ni el olvido curarían jamás la herida abierta...

¡Y ahora en París me le encontraba! ¡Y cómo! ¡Dándole el brazo á la mujer perversa que hundió sus ilusiones en el fango y que cubrió su nombre de vergüenza!

El me vió, y vino á mí... Notó mi asombro, y dijo señalando á su pareja:

—¿Te extrañas, no es verdad? Vente conmigo...

¡Voy á contarte la verdad entera!

¡Tú, al hotel!—dijo luego bruscamente,

casi brutal, á la mujer aquella,

que, roja hasta el cabello, siguió andando sin volver á nosotros la cabeza.

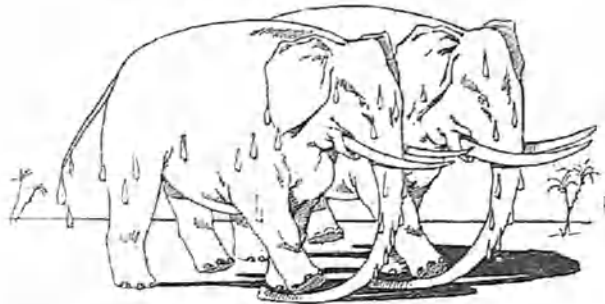
II

—Sabes que me engañó, pero no sabes que, más voluble aún en su impudencia, cansada del amante de unos días, por otro le dejó, que al fin de cuenta fastidióla también como aquel otro, y fué engañado en la ocasión primera. Ni rastro de pudor, como comprendes, un espíritu ahogado en la materia... ¡El vértigo en la infamia y la deshonra! ¡Masa de cieno que al abismo rueda y adquiere más volumen con el cieno que, al despeñarse, en su camino encuentra!

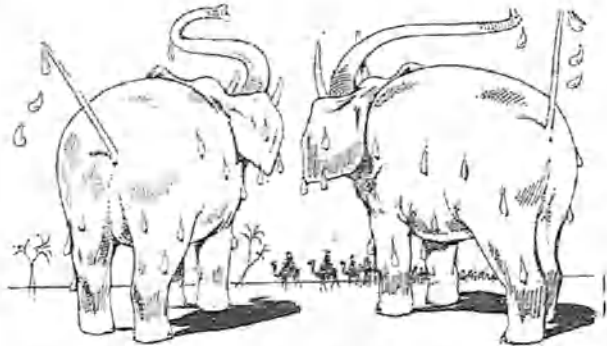
Si su primer delito á mi garganta trajo el sordo rugido de la fiera, al saber los demás, te lo confieso, sentí brotar la carcajada seca, insultante, feroz, de un hombre loco que no puede llorar, pero se venga. ¡Sí! ¡Venganza!—me dije—no la muerte, que no da tiempo para nada, y llega entre nubes de sangre y de agonía que producen horror y hasta tristeza. Otra venganza... Y á París me vine, donde nadie conoce mi existencia, ni mi deshonra, ni mi nombre acaso... ¡Al mismo hotel donde habitaba ella! La hice uirse conmigo... Á todas partes juntos vamos... Me porto de manera que todo el mundo cree que Sofía es mi amante también... Se la desprecia porque, en llegando la ocasión, la trato como á la más innoble mujerzuela, y aquellos que hace poco la ofrecían, por una falta más, grandes riquezas, se la atreven con burlas y chacota, cual género averiado que se entrega á precio tan mezquino... tan mezquino que con poco trabajo da cualquiera... Y hasta en el vicio, amigo, existe orgullo: la que no tuvo rastro de decencia... ve mi desprecio, y sufre, y siente... ¿lo podrías creer?... ¡siente vergüenza!

Luis de Ansorena.

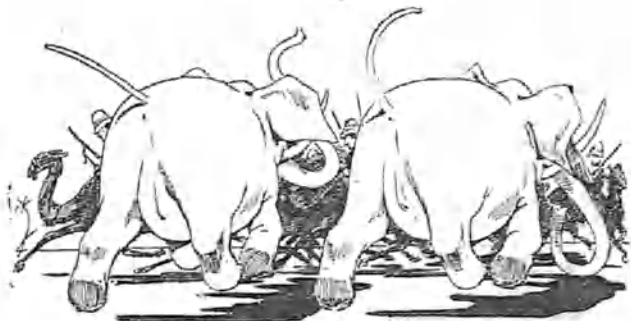
## MIRA LO QUE BEBES...



Pues señor, ésta era una pareja de elefantes que llevaba dos días sin tropezar con un oasis donde beber agua.



Y hete que cuando levantaban las trompas olfateando con el ansia de una necesidad irresistible apareció en lontananza una caravana.



Los elefantes, que son pacíficos y meticulosos de ordinario cayeron sobre ella aguijonados por la sed.



Y una vez deshecha, buscaron con verdadero frenesí entre las cajas de provisiones algún líquido refrigerante.



¡Oh, placer! Allí había unas cuantas docenas de botellas de cognac, que sabía á gloria...



Pero que produjo en seguida los naturales efectos y les hizo andar todo el día por el Sahara de una manera indigna del alto lugar que ocupan en la escala zoológica.

## LOS AMIGOS DEL AUTOR

- ¡Tilín, tilín!... ¿Está D. Ricardito?  
 —No, señor.  
 —¡Caramba! ¿Sabe usted adónde ha ido?  
 —Puede que esté en el teatro. ¡Como hoy se estrena!  
 —Ya lo sé, á eso venía precisamente.  
 —¿A estrenarlo?  
 —No, mujer, á pedirle una localidad.  
 —Vamos, sí.  
 —¿Ha almorzado?  
 —No, señor; no ha querido almorzar, y eso que tenía patatas guisadas, que le gustan con delirio.  
 —Sí; siempre ha sido muy modesto en sus aspiraciones.  
 —¿Qué dice usted?  
 —Nada, que me voy al teatro.  
 —Pues vaya usted con Dios.  
 —Abur, chica.

—¡Ricardo de mi corazón! Hombre, tú no sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí. ¿Quieres creer que me ha cerrado el paso el bruto del portero? Tuve que decirle quién era, y aún así se oponía el muy animal.

—No lo extrañes. Está prohibida la entrada en el escenario.

—Perfectamente, pero cuando se trata de uno de la prensa, como yo...

—¡Ah! ¿Pero tú eres de la prensa?

—¿Qué? ¿No lo sabías? Pues hace dos meses que estoy en *El Sostén de los Cereales*, escribiendo toda la parte literaria. Yo soy Pachón.

—No te conocía más que como Canseco.

—Ese es mi nombre, pero me firmo Pachón en *El Sostén* y en *El Eco de Mula*, del que soy corresponsal... Pero ¿estás ensayando?

—No, ya he concluido.

—Perfectamente; tú supondrás á lo que vengo.

—¿A qué?

—A pedirte una butaca.

—Es el caso...

—¿Cómo? ¿Me la vas á negar? ¿Me obligas á que compre una butaca para un estreno tuyo?...

—Te diré...

—Tendría gracia que Pepe Canseco, tu amigo de la niñez, tu admirador vehemente, tu más entusiasta partidario, fuera á comprar un billete... Hasta ese punto podrían llegar las bromas. ¡Ah! Debo advertirte que esta noche van á venir aquí los «reventadores». Lo sé por una conversación que sorprendí en el tranvía del barrio de Salamanca, entre un cura y una señora bizca. El cura iba diciendo que tenía un sobrino «reventador» y que esta noche va á venir aquí, con otros amigos, á echar abajo la obra. Tú necesitas que haya en el público personas que te quieran y te jaleen.

—Bueno; toma la butaca.

—El caso es que yo quería dos.

—¿Dos?

—Sí, una para mí y otra para el que hace los crímenes.

—¿Los crímenes? ¿Te tratas tú con criminales?

—No, hombre; me refiero al que escribe en mi periódico la relación de los delitos.

—Toma las dos butacas.

—Perfectamente. Adiós, Ricardo; hasta la noche, y cuenta conmigo; ya sabes cuánto te quiero... ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Si me puedes dejar una peseta, te la agradeceré mucho, porque tengo que ir á una junta encargada de allegar recursos con destino á Melilla, y no quisiera quedar mal... Gracias, abur; hasta la noche.

—¡Qué primer acto más soso! ¿No es usted de mi opinión, amigo Canseco?

—Esto es una lata. Conozco mucho al autor, porque me crié con él y era un bruto muy grande y muy envidioso y con mucho humor herpético en la nariz. Además tenía una tía que estaba en relaciones con un confitero casado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Lo digo para que ustedes comprendan qué clase de familia será la suya.

—¿Vamos á verle?

—Hombre, sí. Hay que cumplir con estos autores, porque si no, se ofenden.

—Andando.

—Bien, bien; la cosa es muy bonita.

—Y muy nueva.

—Mil gracias.

—¿Ves? ¿Ves lo que te decía? ¿No has notado la presencia de los «reventadores»? Pues hay lo menos veinte en el teatro. Cuando la dama se va y dice aparte: «¡Maldita sea mi suerte!» los «reventadores» se le echaron encima y por poco la aplastan... ¡Pícaros! Yo no sé cómo puede haber personas tan indecentes... Conque, vamos á ver el último acto... Hasta luego. Cuenta con mi aplauso...

—¡Qué barbaridad! ¿Han visto ustedes nada más malo? ¡Pero señor! ¿por qué se meterá á escribir comedias ese hombre? Cuidado que es amigo mío; pero yo no pude menos de protestar en la escena última, cuando el galán joven le quita la petaca á su propio padre... ¡Qué serie de horrores! ¡Qué estupidez!... Vaya, abur; voy á ver á ese pobre autor, que estará medio congestionado. Lo primero que le diré será que se dedique á otra cosa. Pero ¿quién le mete á él en estas honduras?... ¡Jesús, qué bestial!

—Ricardo, venga un abrazo; el público es un imbécil. Además, los «reventadores» han venido con las de Caín; pero no te apures; la obra es muy bonita; te lo digo yo, que soy tu amigo verdadero...

Luis Calçada.



## Nuestros mendigos.



—Tú chilla too lo que quieras, pero, de hoy en adelante, la noche que no me traigas lo menos catorce reales de recolección, te pongo la cara como un tomete y además duermes al raso por besugo.

—¡Pero, padre, si es que no hay quien de dos céntimos azualmente!

—Es que no vales, bien tasao, ni tan siquiera lo que costó cristianarte.

—¡Vaya una patá!

—¡Reconcho!

—¡Pues es claro! ¿U'até qué sabe? Como usted se está too el día de Dios tumbao en el catre y no pone usted hace un siglo las pezuñas en la calle, se piensa usted que los pájaros maman, y no maman, padre, porque ahora no hay tantos pipis, que den limosna, como antes, y los poquitos que quedan ya tienen otros carácteres. Hoy en día va usted y dice que se le ha muerto su madre, ¿que té usted la cangrena, ¿que está usted muerto de hambre, ¿lleva usted en cualquier remo una llaga de las grandes, de esas barnizás y todo, y viene á ser, cuasi cuasi, como tocarle á un difunto el hizo de Garibaldi, porque no tropieza usted ni con un dios que se ablante. Yo he sido ciego un porción de veces, como usted sabe, y he salido con lesiones como no las saca nadie, porque me las ha hecho siempre el más périto en el arte; yo he andao la mar de tiempo al arrastra por las calles de Madrid, con un pedazo de suela en salva la parte,

y hasta he tocao la bandurria con la uña del dedo grande del pie, pa probar que estaba dislocao, pero no ostante, en jamás he recogido arriba de nueve reales, ni creo que haiga en el mundo quien saque más.

—¡Vamos, cállate

y no relinches, que á veces da no sé qué el escucharte! ¿No tienes ahí á tu hermana, que es una chiquilla cuasi, y ya saca lo indecible todas las noches que sale? ¿Cuándo se viene tu hermana sin un duro por delante? ¡Nunca en jamás! porque tiene

tan delicao el carácter que si hay, por casualidad un día que no lo saque, no viene á dormir á casa, de vergüenza.

—¡Mía qué lance!

¡Si yo fuera de su seso qué que también lo sacase; pero salga usted, que es hombre, y á ver los milagros que hace! —¿Quién, yo?... ¡Quitate la boina cuando mientes á tu padre, que es el *non plus* de los méndigos de toda España!

—¡Quizaque!

—¡Pero ven acá, berzotas! ¿Podrás tu nunca dejarles á tus hijos, si los tienes, porque ni aun para eso vales, un nombre ilustre en el gremio y una casa y dos solares, como yo dejo á los míos el día que Dios me llame? ¡Como no les dejes lumbre!

—U lo otro.

—¡Qué has de dejarles!

¡No digas mientras yo aliente que tienes la misma saugre que yo, porque nos calunias á mí y á tu pobre madre, y ensucias el apellido de Ruiz.

—¿Quiere usted callarse, si es que le queda á usted cuerda pa un rato?

—Pa media tarde, si me se antoja.

—¿Sí? Bueno; entonces, que usted descanse.

—¡Venga usted aquí!

—¡De verano!

—¿Pero ande vas?

—A la calle.

—¡Oye!

—¡No me da la gana, que es usted muy bruto, padre!



L. López Silva.



## Golpe de audacia (por Cilla).



1.—¿El cuarto de la contralto señorita Luciani?  
—El segundo de la derecha.



2.—Uno... dos... Aquí debe ser.



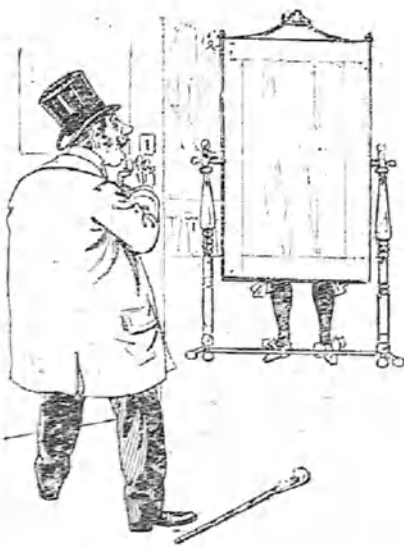
3.—No hay nadie en el pasillo. Á ver si se pesca algo por el ojo de la cerradura.



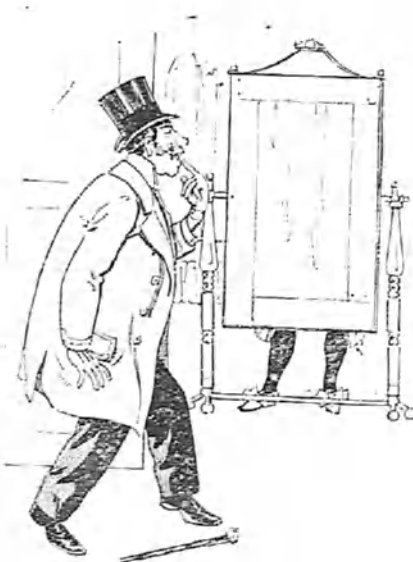
4.—No se ve nada. ¿Se puede? ¡Tampoco contestan!



5.—Pues yo me lanzo.



6.—¡Madre de Dios! ¡Qué pantorrillas tan hermosas!



7.—Aquí lo mejor es atreverse. Las mujeres agradecen siempre los atrevimientos.



8.—¡Cristo Padre! ¡El caricato!

## Humoradas.

I

Vive el sabio de modo  
que, bien examinada,  
su razón da razones para todo,  
por lo cual no le sirve para nada.

II

Con locura te amé; pero hoy, bien mío,  
si te hallo sobre un puente, te echo al río.

III

Esa mujer amable,  
como muchas tan casta como aleve,  
tiene una vida pública muy breve  
y una historia secreta interminable.

IV

No perdáis la salud buscando el modo  
de ordenar lo que está desordenado;  
pues sin vuestro cuidado,  
el dios Casualidad lo arregla todo.

*Campocarr.*

## MODOS DE BUSCAR PAREJA



—Marquess, ¿puede usted concederme el primer vale?  
 —¡Ay, cuánto lo siento! Acabo de inscribir en el carnet con ese objeto al secretario de la embajada rusa.  
 —¿Cómo ha de ser! Pero conste que enviólo con toda mi alma al desafortunado secretario.

## EL CAMALEÓN

Apenas encontrarán ustedes en Madrid un café donde no haya establecida una tertulia de amigos ó conocidos.

En algunos cafés hay dos tertulias, en otros tres; sin tertulia no hay ninguno.

Tampoco hallarán ustedes una de estas tertulias á la que no concurra uno por lo menos de esos sujetos que nunca toman nada.

¡Almas mezquinas!... Tienen ojos y no ven los arrumacos de desprecio que les hacen los contertulios y el camarero; tienen oídos y no oyen las cuchufletas con que consuran su tacañería; tienen dinero y nunca se les ve gastar un real...

Aunque sé lo que ellos dirán: «Pues por eso le tengo, porque no le gasto.»

A éstos les llamo yo camaleones, porque también se les atribuye equivocadamente la facultad de mantenerse del aire.

Cada uno de ellos tiene su marrullería para justificar la sobriedad.

Unos padecen del estómago y se ven obligados á una extremada abstinencia. «¡Qué envidia me da—dice—de verles á ustedes tomar café! ¡A mí que me gusta tanto! Pero amigo, este estómago...»

Otros no acostumbran á tomar nada entre comidas, ni aun café. «Es costumbre inveterada. Fuera de mis horas no tomo ni agua.»

De cuando en cuando el camaleón pide á su contertulio un terroncito para tomar un vaso de agua; el agua sola no la puede atravesar.

Otros camaleones recogen el azúcar sobrante á los de la tertulia y todos los días van á casa con un bolsillo lleno. ¡Son coleccionistas de terrones! Nueva industria sin agremiar, de pocos gastos y de algunos rendimientos.

El camaleón disfruta, pues, gratis de luz, de asiento, de abrigo y de espectáculo.

Porque ya se sabe lo que es una tertulia. Lo mismo que un corro de vecinas en los barrios bajos, con la diferencia de que éstas hacen media, y aquéllos, los tertulianos, hacen humo.

Para una tertulia de café no hay ministro honrado, ni militar valiente, ni escritor de mérito, ni marido que no sea minotauro, ni mujer que no tenga deslices.

El camaleón es de los que más aprietan en la censura, de los que más gritan, de los que más honras y méritos llevan al mármol de aquel anfiteatro.

A veces surge una disputa entre un camaleón y un contertulio harto y cansado de sufrirlo, y por quitame esas pajas se enzarzan de palabras.

—¿Y usted qué entiende de eso?—dice el contertulio.  
 —Tanto como usted, por no decir más—responde el camaleón.  
 —Usted lo que es, es un ignorante.  
 —Bueno, ¿y usted?

—¡Y un zascandill!  
 —Corriente, ¿y usted?  
 —¡Y un majadero!  
 —Perfectamente, ¿y usted?  
 —¿Yo?... Bueno, á Dios gracias.

—¡Vamos, señores, vamos!—dicen los demás interviniendo.

Entonces el camaleón se levanta, coge su sombrero y un bastón, da media vuelta y sale de prisa sin despedirse. ¡Vaya! ¡Ya nos hemos quitado un moscón de encima! ¡Quién! ¡Nada de eso! El camaleón vuelve al día siguiente, como si tal cosa. Llega, saluda, se sienta, se está un cuarto de hora sin rechistar, poco á poco va abriéndosele el apetito de la murmuración, y al cabo de un rato ya echa la zarpa sobre la comedia estrenada anoche, ó sobre el real decreto publicado por la mañana, ó sobre el libro puesto á la venta en el día; ó sobre el escándalo doméstico ocurrido en casa de Mengano. Por supuesto que el camarero y el camaleón se profesan profunda antipatía. Ambos piensan recíprocamente del otro que son inútiles en el mundo. De la inutilidad del camaleón, por lo menos en las tertulias de café, no he dudado nunca. En la inutilidad del mozo, que á veces llega á ser para algunos un enviado de la Providencia, no he creído jamás. El mozo odia al camaleón no sólo por ser un sujeto que no da propinas, sino porque se mete á censor del café y de los géneros.

—¡Devuelva usted esa chuleta!—dice á veces el camaleón á un contertulio. —¿No ve usted que está pasada? Que se la traigan á usted como Dios manda, que su dinero le cuesta á usted.

—El camarero se entera del juego y ¡de qué buena gana daría un par de guantás á aquel soplón!

—Pero, señor, ¿á usted quién le mete en camisa de once varas? ¿Es para usted la chuleta?

—¡Es para un amigo! ¡y eso es una estafal! ¡Además, á usted no le importa! ¡Sirva usted bien, que es su obligación!

El camaleón, como todos los seres inútiles, acaba por destruir lo que toca. Poco á poco siembra rencores y antagonismos entre los contertulios, unas veces apoyando con su voto al que no tiene razón, otras poniéndose al lado del fuerte para deprimir al débil.

Entonces comienza á disgregarse la tertulia, los concurrentes á ella desaparecen en busca de reunión más apacible y menos intrasigente, y llega el día en que á la mesa que antes parecía animado ateneo, sólo se acercan dos camaleones, que se miran, se saludan fríamente, y salen á la calle marchando por dirección distinta en busca de un café donde haya tertulia á que agregarse.

Se acercan, saludan cariñosamente, se sientan, están un par de días silenciosos como los exploradores de un campo enemigo, y al cabo de ese tiempo, entran en el ejercicio de sus funciones.

M. Matesa.

## MODOS DE BUSCAR PAREJA



—¡He dicho que si me cede usted la pareja ó no!  
 —Y yo le contestao que no me da la gana.  
 —¿Quién usted apostar una cosa?  
 —¿Cuál?  
 —¿Que meto mano á la herramienta y le largo á usted papa en el pecho?



## Piticoide.

(SARAMPÓN CAMPOAMORINO—D. d. J. 1871)

### I

Pues confiesa la ciencia más cristiana  
—católica, apostólica, romana—  
que antes de Adán acaso vivirían  
otros hombres, tal vez algo rabudos,  
que, sin Dios y sin leyes, andarían  
colgados de los árboles copudos;  
ya puedo yo contar sin ningún miedo,  
respetando la fe de mis mayores,  
la historia de dos monos que, en amores,  
llegaron ¡ay! donde llegar no puedo.  
Pues se amaron los monos tan constantes,  
que, hasta la muerte unidos,  
cual de Teruel los célebres amantes,  
sintieron el amor sin los sentidos.  
Piticoide gentil—hablo del macho—  
vió morir á su mona idolatrada,  
y después de llorar como un muchacho,  
con el dolor borracho,  
fué en la noche callada  
ante la tumba fría,  
y escarbando la tierra en que yacía  
la mona que adoró, su cuerpo inerte  
pudo topar, y lo abrazó anhelante,  
y aquel abrazo que le dió á la muerte  
le dió la vida al infeliz amante;  
pues sintió Piticoide en el acceso  
de su amor un extraño paroxismo,  
se irguió de pronto, y aunque estaba ileso,  
se vió hecho otro hombre, pero siendo él mismo.  
Las manos, que primero le caían  
como buscando por apoyo el suelo,  
ahora ya, por instinto, se extendían  
hacia la altura, señalando el cielo.  
De la ronca garganta con que aullaba  
salían esta vez, en vez de aullidos,  
unos tristes quejidos  
que Dios entendería, si escuchaba;  
y aquella humilde frente  
erguida de repente,  
á los rayos del sol pidiendo fuego,  
sintió filtrarse la invisible idea,  
y el pensamiento ciego  
vió aquella luz creada con un *sea*.  
¡Oh fuerza del amor y el trasformismo,  
que de un mono ordinario  
hiciste, como manda el darwinismo,  
todo un hombre terciario!  
Permitid que me asombre  
de posteriores cambios radicales:  
si entonces hizo amor de un mono un hombre,  
hoy hace de los hombres animales!

### II

Como no está eximido el ser humano  
de encontrar un consuelo en el olvido  
y no hay dolor insano  
que no llegue á recuerdo, al fin perdido:  
hecho ya Piticoide una persona,  
llegó á creer, á fuerza de pensarlo,  
que no debe sentir por una mona  
dolor que nadie puede remediarlo;  
y á fuerza de pensar filosofía  
con los medrados sesos que tenía  
llegó á ser un ingrato,  
pues olvidó que el grado á que subía  
haciéndose *homo sapiens*, lo debía  
á no ser un *traviato*.  
Levantando á la mona un mausoleo  
de piedras sobre piedras arrojadas,  
cumplió con la conciencia y el deseo  
de matar sus recuerdos á pedradas.  
Así hacen hoy mil tiernos amadores  
inmortal su pasión y su ternura,  
sillares arrojando abrumadores  
sobre una sepultura.  
Allí queda el amor emparedado,  
preso bajo la enorme pesadumbre,  
y, con tal vanidad el muerto honrado,  
ya perdona el olvido la costumbre.  
Para todo lo malo, sigue el mundo  
lo mismo que hace mil generaciones:  
¡ya pecó el primer hombre; y el segundo  
fué padre de un gran pueblo de bribones!

### III

Sepultado el dolor en el olvido,  
y la mona con piedras bien guardada,  
Piticoide creyóse un buen partido  
digno de una mujer bella y honrada.  
Pero como la tribu en que vivía  
sólo monas y monas le ofrecía  
para saciar la sed inextinguible





de aventuras, amor y devaneos,  
Piticoide vió al fin que era imposible  
cumplir sin expatriarse sus deseos.  
Y sintiendo ese orgullo, que aún nos dura,  
y nos hace tratar con malos modos  
á los monos y á todos  
los abuelos de mala catadura,  
dejó sin pena, haciéndose un villano,  
el hogar de sus buenos ascendientes,  
y, portándose ya cual ser humano,  
renegó de la patria y los parientes;  
de su humilde abolengo tan corrido,  
que hubiera preferido  
no haber jamás dejado de ser mono,  
á dejarlo de ser y haberlo sido  
y no ser linajudo y del buen tono.  
Sin volver un momento la cabeza  
para ver la vivienda que abandona,  
sin pensar en su madre ni en su mona,  
deja su tribu cuando el sol empieza  
á dorar la región Micomicona.

## IV

Y desde que no ama en cielo y tierra  
á no ser á sí mismo,  
huyendo del dolor cual del infierno,  
hermético le encierra  
en fanal impermeable el egoísmo;  
y se trata tan bien, que se hace eterno.  
En vano pasarán generaciones



y Piticoide fingirá cien veces,  
casándose con buenas proporciones,  
amor que para él ya todo es liecs;  
pues viudo sin dolor cada veinte años,  
idólata no más de su persona,  
pretende disculpar tantos engaños  
suspirando sin fin: «¡Yo amé á una mona!»  
Parásito de ricos gananciales,  
Tenorio redivivo de la dote,  
cuando otros pagan el mortal escote,  
él bebe por los dioses inmortales.  
Viéndose Creso, sin amor á nada,  
el oficio buscó más sedentario;  
y en torre de marfil muy bien labrada,  
como un ángel del mal, con una espada,  
de su triste egoísmo en el santuario,  
guardándole la entrada,  
puso cierto sistema temerario.  
Sistema de cruel filosofía,  
de esos que niegan con rencor al mundo  
el consuelo, que llaman tontería,  
de pensar que es el bien lo más profundo.  
Y ya seguro de saberlo todo  
por juzgar ilusión cuanto trasciende  
de mí propio (del mono, ya se entiende),  
se idolatra á su modo.  
Inventa los placeres á millares;  
convierte en diosa á la Salud un día;  
del goce y bienestar en los altares  
quema cual un incienso teología;

y viendo arder de Higiene ante las aras  
cuanto el hombre ideó de sacrificio,  
convoca de Epicuro las pías  
del culto del placer para el servicio.  
De aduladores y de amor comprado  
viendo que el corazón al fin se hastía,  
sintió que el egoísmo abotargado  
sólo en la propia adoración creía.  
Y desde entonces, lejos del arrullo  
de la turba servil que le rodea,  
en el *sancta sanctorum* del orgullo,  
con cierta austeridad, ama una idea.  
Filósofo no más, empedernido,  
persigue la virtud por ella misma;  
la verdad sin amor, donde se abisma  
el egoísta de sí propio huido.  
Llegando por la duda hasta la anemia,  
á un *nirvana* informal va poco á poco,  
y no anhela ya más—con ardor loco—  
...que una *gran cruz* y entrar en la *Academia*.  
Porque en vicioso círculo rodando  
en aquel culto interno de sí mismo,  
pide al mundo, á quien vive despreciando,  
un holocausto para su egoísmo.  
«Todo es polvo y es humo y viento y nada,»  
repite sin cesar con triste acento;  
y él, con alma angustiada,  
para su gloria, aspira á una morada  
eterna, aunque de polvo y humo y viento.

## V

Piticoide doctor, sabio de oficio,  
olvidado de Dios y de su mona,  
de su *Academia* fiel en el servicio,

impaciente se agita en en poltrona;  
mientras otro doctor naturalista,  
enemigo del mono humanizado,  
probando está, con huesos á la vista,  
que es el hombre el gorila reformado.  
Entregados los dos á sus rencores,  
hipótesis lanzándose á la frente,  
aspiran á probar á más doctores  
que el pensar como el otro es ser demente.  
«Yo he descubierto, el darwinista exclama,  
bajo un dolmen extraño este esqueleto;  
la Academia dirá: mono completo;  
yo digo: mono, pero mono dama.  
Pues, en signos que, á fuerza de mirarlos,  
he podido, á mi modo, comprenderlos,  
con mucho compararlos  
y más descomponerlos,  
sobre una piedra grande que oprimía  
el pecho de este mono, ó más bien mona,  
vine á entender que una inscripción decía  
que en la tumba yacía  
un ser que inspiró amor, una persona.»  
A inspeccionar los huesos y la piedra  
Piticoide iracundo se levanta;  
pero al ver lo que ve, tiembla, se arredra  
y la voz se le muere en la garganta.  
Pues de la mona que adoró algún día  
mira enfrente de sí tristes despojos,  
y mira en la inscripción lo que él decía  
cuando, por tanto amar, le concedía  
el cielo abrir á la razón los ojos.  
En extraña escritura allí grabada  
de su pasión eterna la mentira  
el mismo sabio mira,  
y su estirpe de simio revelada.  
Mas de su doble orgullo el paroxismo  
no pudiendo sufrir tanto desdoro  
al ver triunfante el torpe trasformismo,  
contrario á la teoría y su decoro,  
le lleva en su furor al arrebató,  
y arrojándose al mísero esqueleto  
en mil piezas lo rompe el insensato,  
sin guardar el ingrato  
el luto del amor, que es el respeto.  
Y «¡Yo demostraré, furioso exclama,  
que es un loco de atar el que proclama  
que esos restos mortales  
son de una mona-dama  
que unc al hombre á los viles animales!»



Y al otro día, ufano,  
al concurso presenta ¡infame artista!  
recompuestos los huesos por su mano,  
y «Ya lo veis, no son de un cuadrúmano,  
grita arrogante; pruebas á la vista»  
«De un cuadrúpedo vil, pieza por pieza,  
«los restos veis aquí; no un antropoide,  
«¿Qué sesos pudo haber en tal cabeza?...»  
(«Los sesos que te amar...», Piticoide!)

Clarin.



## UN SUICIDA

—He pertenecido á la carrera judicial—dijo aquel viejecito—durante treinta años, de los cuales siete fui juez en Madrid. Figúrense ustedes si habré visto desgracias, si me habrá tocado intervenir en las consecuencias de crímenes, delitos y toda suerte de infamias; pero entre tantos horrores, confieso que ninguno me impresionó tanto como un suicidio, al parecer de los más vulgares y en realidad de los más espantosos.

—¿Cómo fué? ¿Quién era? ¿Por qué se mató? Cuéntelo usted—dijeron casi al mismo tiempo varias voces de mujer.

—No crean ustedes que se trata de amores—repuso el viejecito.

—Es una historia muy negra... y muy hermosa. La cosa puede referirse en pocas palabras, y más vale así porque los detalles serían horribles. Estaba yo de guardia en el Principal una madrugada del año de sesenta y tantos, cuando me avisaron para que fuese á levantar el cadáver de un hombre que se había matado en cierta casa casi extramuros cerca del puente de Segovia, y allá me fui seguido de la gente del juzgado cuya presencia es necesaria en tales casos. Cuando llegué, los vecinos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, habían invadido ya la habitación donde ocurrió el caso: unos dijeron que deseosos de prestar socorro porque habían oído ayes y quejidos, otros llevados por la curiosidad. La puerta no tenía señales de fractura. Aquel hombre no se había encerrado para matarse. El suicida estaba ahorcado pendiente del montante de una puerta que separaba dos cuartos: una cuerda delgada y muy encerada, á fin de que el nudo corriese bien, le bastó para concluir de sufrir, porque indudablemente debió de sufrir muchísimo antes de acabar consigo. En el centro de uno de los cuartos había una mesita de pino, junto á ella una silla y tiradas por el suelo veintitantos ó treinta colillas de pitillos: es decir, se había fumado una cajetilla entera antes de resolverse á morir. ¡Calculen ustedes lo que pasaría por su alma! Cuantos enseres, trastos y objetos había en ambas piezas eran viejísimos, pero todos muy buenos. Tenía, por ejemplo, un estuche de navajas de afeitar muy deterioradas, pero magníficas; un pañuelo de seda para el cuello hecho jironeo, pero precioso; un paraguas con la tela desgarrada, y con un puño de marfil que era casi una obra de arte; y un neceser de viaje con varios botes y frascos de cristal primorosamente tallados, y sin tapas. Sin duda eran de plata y las vendió. Por último, el traje que tenía puesto estaba raidísimo, pero era de excelente corte y buen paño. De las prendas interiores había arrancado las marcas, y de la ropa de paño había quitado los botones y las etiquetas en que suelen poner su nombre los sastres. No hubo modo de averiguar quién era. En la casa nadie le conocía más que por D. José. Fué á vivir allí hacía tres meses, de los cuales no pudo pagar más que el primero, y el administrador le había despedido aquella misma mañana.

Los vecinos y el portero no me pudieron decir acerca de él nada que sirviese para averiguar quién era. Estaba yo inspeccionándolo todo por ver si encontraba algo que me diese luz, cuando uno de los

alguaciles que me acompañaban cogió de sobre la mesa una carta y me la presentó diciendo: «Señor, la carta que dejan casi todos.» Mandé que se retiraran los vecinos, quedé solo con la gente del juzgado y leí estas palabras escritas con pulso firme y letra de hombre muy acostumbrado á manejar la pluma: «Señor juez de guardia: Que no se acuse á nadie de mi muerte.» Y luego añadía, poco más ó menos, si no recuerdo mal: «En uno de los bolsillos del traje que tengo puesto hallará el señor juez una cartera y dentro de ella un resguardo de un depósito hecho en la sucursal del Banco de Francia, en Marsella, con el número... tantos y fecha 2 de Julio de 1860. El documento está extendido á mi nombre y por valor de quinientos mil francos. Esta cantidad no me pertenece, me fué entregada por Mr. Jean d'Houblón la víspera de embarcarse en aquel puerto para Australia, encargándome que hiciera el expresado depósito y que conservara en mi poder el resguardo hasta que él volviese de Sidney, donde había de permanecer cuatro años. Han transcurrido tres y no he vuelto á saber de él. Temo que haya perecido en un naufragio. Y como yo me quito la vida por no poder soportar la miseria á que he llegado, encargo á la autoridad judicial que con ayuda del representante del Gobierno francés proceda á lo que haya lugar, esperando el término del plazo por si regresa Mr. de Houblón, ó buscando en Marsella, rue de l'Amirante, núm. 42, á su hija natural, única persona que, según él me aseguró, tendrá derecho á heredarle.»

Luego había una firma con un nombre enteramente distinto del que me habían dicho los vecinos del suicida.

La verdad—continuó el viejecito,—al leer la carta creí que estaba siendo víctima de una farsa lúgubre, ó que aquello sería el resultado de un extravío mental. Me figuré que el muerto debía ser un loco con manía de riquezas. Sin embargo, registré el cadáver y encontré el resguardo. Bastaba verlo para comprender que era legítimo y estaba en regla.

Con ocasión de este asunto me hice amigo del embajador francés, y pasados unos cuantos meses, supe que se le había presentado Mr. d'Houblón tratando de inquirir el paradero del suicida. Calculen ustedes la impresión que recibiría aquel hombre al saber que su amigo se mató de miseria, sin tocar al depósito.

Pues bien, falta lo más espantoso—concluyó diciendo el viejecito,—porque Mr. d'Houblón me declaró lo siguiente: «Ese dinero era del muerto. La mujer de un íntimo amigo mío tuvo en los primeros años de matrimonio un hijo adulterino, que era el suicida. Deseosa de asegurar su porvenir, me entregó los quinientos mil francos para que yo buscara modo de que los aceptase sin revelar su origen. Yo estaba en aquella época muy enfermo, y los médicos me habían dicho que moriría pronto. Entonces me entró la afición á viajar, y seguro de mi fin cercano, entregué aquel depósito al hijo de mi amiga. El plan que había fraguado era sencillísimo. Yo estaba en la firme creencia de que no había de volver á Europa, y

de que él no podría encontrar nunca á mi supuesta hija, que jamás ha existido; de manera que aquella fortuna debía quedar entre sus manos, pudiendo disfrutarla sin conocer el secreto de su nacimiento. Además, como no tengo familia, ni herederos por ningún concepto, á nadie hubiera podido entregar el dinero. La fatalidad hizo que mis cálculos salieran fallidos. Pero ¿quién se iba á figurar que hubiese en el mundo un hombre tan honrado?»



*Facinto Octavio Picón.*

### EL BESO

Avanza el tren en rápida carrera,  
la máquina furiosa corre y silba  
exhalando tremendos resoplidos,  
porque va sofocada y encendida.  
Mariana, indiferente, mira el campo  
asomada á la estrecha ventanilla  
y enfrente la contempla don Antonio  
con expresión marcada de malicia;  
y al admirar su boca como frescas,  
sus ojos como lagos de la Suiza,  
su cutis como nieve que en los Alpes  
acumula en invierno la ventisca,  
juzga que es peligroso y arriesgado  
viajar en tan hermosa compañía.  
Mas después, al mirar su faz rugosa,  
su calva colosal, redonda y limpia,  
y su estómago andaz que se levanta  
y con el vientre enorme rivaliza,  
piensa que la muchacha va segura  
y dice para sí mientras suspira:  
«Ha hecho muy bien la madre de Mariana  
confiándome la niña.»  
Mariana se levanta de repente  
y al bueno del vejete se aproxima  
y le dice:—¡Es inútil que me lleven,  
le quiero y le querré toda la vida!  
Juré ser snya y él sabrá seguirme,  
si á la China me mandan, ¡á la China!  
Y á su lado se sienta la muchacha  
y le cuenta sus penas y sus cuitas  
y en el hombro se apoya cariñosa

y la rodilla acerca á la rodilla,  
y los ojos del viejo tristes y húmedos  
ven con miedo dos ascuas que los miran!  
El pobre don Antonio se marca  
y sin saber qué hacer baja la vista  
y principia á sentir escalofríos  
que nacen en la misma coronilla  
y recorren la espalda y jugueteando  
por la espina dorsal vuelven arriba,  
y su alma con mil dudas se acongoja  
y dice para sí mientras suspira:  
«¡Ha hecho muy bien la madre de Mariana  
confiándome la niña!»  
—¿Tanto le quieres? la pregunta el viejo.  
—¿Cómo no, si es la luz del alma mía!  
¡Adiós!, le dije ayer llorando loca,  
con lágrimas me dió la despedida,  
y su boca y mi boca se encontraron  
y con sus manos estrujó las mías.  
Y Mariana, nerviosa, las del viejo  
aprieta muchas veces conmovida.  
El vagón de repente da un gran salto  
por algún desperfecto de la vía,  
y en los brazos del viejo cae Mariana  
y en un túnel el tren se precipita.  
La muchacha celebra la aventura,  
porque es joven al fin, con muchas risas;  
mas don Antonio, que el gallardo cuerpo  
oprime loco con las manos rígidas,  
ve entre las sombras de la negra noche  
la negra tentación que se aproxima.  
Lucha con ella con valor, y vence,  
y dice para sí mientras suspira:  
«¡Ha hecho muy mal la madre de Mariana  
confiándome la niña!»  
Del túnel salen. El vagón se llena,  
y don Antonio al fin se tranquiliza.  
Llega la noche y se acomodan todos  
para dormir hasta la luz del día,  
y la chiquilla se coloca al lado  
y sobre su hombro la cabeza inclina.  
La luna por el cielo se adelanta  
y tenue rayo en el vagón desliza,  
y de Mariana en la cabeza rubia  
mezcla oro y plata. Don Antonio mira  
si duermen todos. La cabeza vuelve.  
La tentación al cabo le domina,  
y sobre el pelo con sus labios trémulos  
un delicioso beso deposita.  
Y allí aspira perfumes y fragancias,  
y bebe juventud y lozanza.  
Se aparta luego, con algùn trabajo,  
y dice para sí mientras suspira:  
«A su padre mañana se la entrego.  
Corto el camino fué. ¡Breve es la dicha!  
Pero este dulce beso que he robado  
mientras el ángel con quien voy dormía,  
será un rayo de luz que ha de animarme  
hasta el último instante de mi vida.  
¡Ha hecho muy bien la madre de Mariana  
confiándome su niña!»

*Miguel Echegaray.*

### LANCES DE LA LIDIA (por Daniel Perea.)



—¡Por tu selusita no me estropees la ropa, que me va á refirir luego mi madre!



—¡Hola! ¿Ha sido usted el que ha querido clavarme un par de banderillas en salva sea la parte?





## Cama de galgos.

RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS.

I

Ocultando el ferrnelo  
desperfectos del jubón,  
y con toquillas de grasa  
enjabelgado el castor,  
cierto hidalgo linto en rufa  
en una bayuca entró  
disimulando las hambres  
con infulas de matón.  
Allí no sé qué atrasada  
sed á la nata juntó  
de cuanto la carca tiene  
de más honrado y mejor.  
Perotudo el Remellado,  
que no hace mucho dejó  
una mojada encomienda  
en Sanlúcar la Menor,  
recnestando está de amores  
á Aldoncica de Almoroz,  
moza, si no recatada,  
más catada que melón.  
Pedrávez el desmirlado  
probándose está la voz,

que más ronca que cerrojo  
el sepan cuantos dejó,  
por descubrirle la espalda  
con tan torcida intención  
que metió el asno por calles  
en las que nunca da el sol.  
La Coruja está ensayando  
con su rulián una flor,  
que, catequista de encuentros,  
es tanta su persuasión,  
que del más cierto á la vista  
volverá, mediante Dios,  
ya que no á la fe, á su bolsa  
al más hereje doblón.  
Pierres, francés maldecido  
y más que Judas traidor,  
que al frente de sus banderas  
de su patria renegó,  
mientras hace para el mosto  
del garguero canalón,  
jurando que sólo bebe  
por medicina á la tos,  
convenciendo está á un soldado  
de que Arrás no se ganó,



porque ya, salvo uno y otro,  
nadie hay que tenga valor.  
Y en tanto que la Escalanta  
pide auxilio á un salpicón  
para llorar la tragedia  
de que su jaque acabó,  
el Garo, que del difunto  
espera la sucesión,  
con voz en la que el aloque  
hace oficios de dolor,  
lo que pasó en la de palo  
caenta con tal expresión  
que el pecho de mejor temple  
deja su hueco al pavor.

II

Á hablar iba ya el hidalgo  
á tan honrada reunión  
pidiendo para su ayuda  
algo por amor de Dios,  
cuando antes de que la mano  
llevara á la guarnición  
de una espada que en servicio  
jamás del rey se sacó,  
como liebre de azorado  
y cubierto de sudor,  
desde el centro de la sala  
á un trainel decir se oyó:  
«Si á alguien de vuestras mercedes  
falta un corchete al jubón,  
que se aguardé medio credo

y tendrá lo menos dos.»  
Y al «tánganse á la justicia!»  
que se escuchó en el portón,  
tal prisa á ponerse en cobro  
el menos listo empleó,  
que, como debido á ensalmo,  
sin dar cuenta ni razón  
de sus honradas personas,  
sola la sala quedó.

III

Cuando un alcalde de corte,  
seguido de un pelotón  
de alguaciles y corchetes,  
adusto y airado entró,  
aunque bien vió que la presa  
era de escaso valor,  
en la cárcel con los huesos  
del misero hidalgo dió,  
al cual, por más que culpable  
fuera sólo de intención,  
á los sabidos doscientos  
la sala le condenó.  
Y es fama que ya sufrido  
el un ciento de los dos,  
muy galán en el jumento  
decir alguno le oyó:  
«Bien están en las espaldas  
los azotes ¡vive Dios!  
de aquel que en cama de galgos  
hallar mendrugos pensó.»

Angel R. Chaves.

## TRESILLO

El monte es juego de manos;  
el tute vuelve á empezar,  
pero las gentes de gusto  
jugamos al bacarrat.  
También el treinta cuarenta  
es bueno para alternar,  
y las rachas de colores  
me gustan cuando se dán.  
La ruleta se hace vieja;  
el golfo será inmortal;  
el bezigue tiene el apoyo  
de la buena sociedad;  
pero el tresillo es el amo  
entre la gente formal.  
Nadie falta á mi partida,  
aunque sople un huracán,  
y el que enferma, con las cartas  
se cura su enfermedad.  
No es nuestro tresillo el clásico  
que no juega nadie ya:  
hay enchilada, favor,  
un toro para acabar  
y no forzamos la espada,  
porque no hay necesidad:  
el tanto es á perro chico,  
que á nadie puede arruinar.

Era yo mano ayer noche  
y había dado don Juan:  
ganaban todos: yo estaba  
aburrido de pasar.  
—Juego una ciega, les digo;  
y otro exclama: —Juego más.  
—Echo una vuelta.—Yo un solo.  
—También le alargó.—Alto allá,  
porque es de favor el mío  
y el suyo no será igual.  
—¿No? Pues le juego y soy mano:  
pueden ustedes robar.  
—Esto no le pasa á nadie,  
grita airado Nicolás:  
tener solo de favor  
y no poderle jugar...  
Deme una carta.—A mí nueve;  
las otras tres dormirán.  
Todos quieren hacer bazas  
jugando con ansiedad,  
y los que me hacen la contra

## UN VETERANO

(por Pellicer.)



—¿Cómo corre el tiempo! ¡Parece que fué ayer la noche-  
buena en que dimos la acción de Luchana con ropa de verano!  
Por cierto que si me hace caso el sargento y tiramos hacia la  
izquierda...

no cesan de pelear,  
y me fallan, y me pisan  
y me arrastran sin piedad.  
—¡Codillo! me dice el uno;  
y el otro añade:—Sí tal,  
pero usted no ha de cobrarle,  
que soy yo quien se le da.  
Yo me sonrío entretanto  
y digo con majestad:  
—Pues no me le da ninguno,  
porque esto es puesta real.

José Fernández Bremón.

\*

## LOS GEMELOS DEL TEATRO

FABULILLA

Un lugareño asistía  
al teatro por vez primera,  
y desde una delantera  
por mirar se desvivía.  
Notando lo que pasaba,  
para que viese mejor,  
le dió un acomodador  
los gemelos que alquilaba;  
pero el paleta infeliz,  
aunque con mucho interés,  
los gemelos al revés  
montó sobre la nariz.  
Claro está que el lugareño,  
usándolos de aquel modo,  
lo vió más lejano todo,  
más confuso y más pequeño.  
Y así decía entre dientes  
al salir de la función:  
«¿Pero qué estúpidos son  
los que gastan esos lentes!»

Conozco yo más de tres  
críticos, y más de cuatro,  
que usan siempre en el teatro  
los gemelos... al revés.

Miguel Ramos Carrión.

## Lo de siempre.

¡Todos los años tenemos lo mismo!  
¡Todos los años me rompo el bautismo  
porque se empeña Sinesio en que saque  
unos cuantos versos  
para el almanaque  
de su MADRID CÓMICO.

Y yo, que en hacerlos soy siempre económico,  
deseo hacer algo que valga la pena,  
por más que la cosa no salga muy buena.

Vamos á ver.

¿Qué voy á hacer?

¿Un romancito?

¡No! ¡Vade retro!

Es necesario buscar otro metro.  
¡La redondilla está ya tan gastada!  
¡Pues la quintilla no digo á usted nada  
si está anticuada!...

¿Pues y el soneto?

¡Siempre el final ha de ser un terceto!  
Voy á hacer décimas; son muy bonitas.  
¡Mas no! que aunque digan que están bien escritas  
y lleven mi estilo, mi sello y mi marca,  
las hizo mejor Calderón de la Barca.

Voy á ver si hago

varias endechas.

Conque me salgan algunas bien hechas  
me satisfago.

.....

.....  
¡Llaman!—Juliana, ¿quién es?—Señorito,  
ahí está un joven llamado Juanito.—

¡Ay, Dios bendito!

¡Ya me ha pillado!

el auxiliar de Sinesio Delgado

que viene á sacarme, de buen ó mal grado,  
lo que haya escrito.  
Y ahora maldito  
si tengo gana.  
Mira, Juliana,  
dile á Juanito  
que haga el favor de venirse mañana.

Ricardo de la Vega.

\*

## DOS CARTAS

Al general Riva Palacio.

Ó ausente me suponías,  
ó de mí no te acordabas,  
cuando un libro publicabas  
y no me lo remitías.  
Le he visto en las librerías,  
y todo me encanta en él,  
versos, grabados, papel...  
pero, hablando francamente,  
siendo el libro de Vicente,  
¿debe comprarlo—Mannel?

RESPUESTA

Mannel: Con mucha razón  
me echas en cara mi olvido,  
pero juro que no ha sido  
por falta de estimación.  
Para obtener tu perdón  
y que no estés iracundo,  
un libro tomo, lo enfando  
y escribo en el cartapacio:  
«A don Mannel del Palacio,  
Ayala, cinco, segundo.»

Manuel del Palacio.

## El sueño de la noche de Reyes (por Cilla).



- ¿Qué me traen ustedes este año?
- El corazón de un chico muy guapo que te quiere más que á las niñas de sus ojos.
- ¡Pobrecito! ¡Cuánto voy á sentir no poder aceptar el obsequio!
- Lo traemos encerrado en un estuche de oro y piedras preciosas.
- Vaya, pues porque no lo tomen ustedes á desaire, déjenlo ustedes por ahí, en cualquier rinconcito.

## ¡¡EN HORA MALA VAYAS!!

¡Sí, señor; muy en hora mala y ojalá no hubieses venido, ya que tan mal acompañado habías de venir... y no te encargo que no vuelvas, porque sé de sobra que no puedes volver; si bien es cierto que has dejado en pos de ti rastro suficiente para que no te olvidemos nunca y te veamos como presente, aunque estés á mucha distancia.

Al año 1893 me dirijo, del cual, si no declaran ustedes conmigo que ha sido uno de los más aprovechados del siglo décimonono, dígoles que no declaran la verdad.

Como español hablo y á España me refiero, pues sin que yo ponga en duda aquello, tantas veces dicho, de *homo sum et nihil humanum à me alienum puto*, también *puto* y reputo cosas más mías las cosas de España que las de ninguna otra parte; pues, al cabo, en esta tierra de garbanzos nací y en ella vivo, y la patria...; porque, verán ustedes, la patria... Aunque me parece mejor que no lo vean ustedes y que dejemos las lucubraciones sobre el patriotismo para ocasión más oportuna.

Yo decía que los sucesos de España me interesan muchísimo más que las ocurrencias de la Arabia, por ejemplo, ó las de la Nigricia—si es que allí hay ocurrencias, que puede ser que ni aun eso haya;— y lo mismo que me sucede á mí les sucederá á todos ustedes, como es muy lógico y muy natural que suceda.

Ello no será humanitario, desde luego es poco cristiano; pero desafío á todos los hombres sinceros que las presentes líneas leyeren y entendieren á que se atrevan á sostener que la noticia de haber muerto el rey de Abisinia con toda su familia y corte, y aun todos sus *flisteos* (ó los de Abisinia que hagan sus veces), les produciría efecto más desagradable que el anuncio de que los panaderos se proponen subir en un par de céntimos el precio del panecillo.

Á la realización de esos bellos ideales de fraternidad universal, de unión íntima entre todos los individuos de la familia humana, llegaremos, es decir, llegarán los que lleguen, si llegan (que por ahora no llevamos trazas de ir por ese camino), el cumplimiento de esas nobles aspiraciones *altruistas* lo verán, si lo vienen, generaciones venideras; que están muy lejanas todavía, y no hay para qué pensar en ellas ahora.

He despedido mal y de mala manera al año 1893 porque, fuera de lo que en otras partes haya hecho, que de eso ni me acuerdo, ni quiero acordarme, en España ha hecho mil desgracias y un millón de estropicios. No voy á enumerarlos ahora, ¿para qué, si están en la memoria de todos?

Villacañas, Santander, Barcelona, Melilla, nombres son todos que evocan y evocarán durante muchos años dolorosísimos recuerdos en la memoria de todos los españoles...

Y no son éstos los únicos nombres que representan y simbolizan desgracias experimentadas en los doce meses que acaban de trans-

currir... Otros muchos hay, á los cuales van indisolublemente asociadas ideas de colisiones sangrientas en las calles, de trastornos graves en los municipios, de epidemias que ocasionaron muchas víctimas, de jugadas de Bolsa que arruinaron á muchas familias.

Á todo lo cual me preguntará alguno: ¿Y qué tiene que ver el año con todo eso? De esas desgracias tendrán la culpa los Gobiernos que no saben gobernar, ó los pueblos que no quieren ser gobernados, ó los unos y los otros, que son imprudentes y no escuchan cuando hace falta los consejos de la experiencia; pero el año... ¡pobre año de 1893!... que, por no tener, ni siquiera tiene existencia real y efectiva... Porque, señores, ¿qué viene á ser el año? Pues nada: una porción que caprichosamente ha tomado el hombre del tiempo indefinido, cuyo concepto no ha formado aún, ni formará nunca.

Á todo eso no sabré yo qué contestar... Es cierto, el tiempo no tiene la culpa de lo que nos sucede; pero ya se ve, ¡es tan cómodo hallar siempre á la mano alguien ó algo sobre quien descargar nuestro mal humor!

Justamente para satisfacer ese deseo innato en su alma se me figura que han inventado los hombres los imperios, las monarquías, las repúblicas y todas la demás formas del gobierno. Todos estamos conformes en que ninguna de ellas sirve para nada, ni hace falta ninguna; como no la hacen los alcaldes en las ciudades, ni los gobernadores en las provincias; pero si todo eso se suprimiera, ¿de quién murmuraríamos y maldeciríamos los ciudadanos en nuestros ratos de mal humor?

Permítaseme, pues, renegar y maldecir del año de 1893, que no ha de enojarse conmigo, ya que la índole de este almanaque no admite otras murmuraciones y otras quejas menos inocentes y que están deseando escaparse por los puntos de la pluma con que he trazado estas cortas líneas.

A. Sánchez Pérez.

## EL VOLUNTARIO

(RELACIÓN DE UN PAISANO SUYO)

Y er machacho mu triste le decía:  
—¡No yores, Rosalía,  
no yores, por favó, de esa manera,  
que pronto, ya verás, yegarás er día  
que seas mi mujé y seas mía  
manque diga tu mare lo que quiera.  
¿Que soy un probe chico  
sin posición arguna? ¡Siertamente!  
mas no es una rasón y no me explico  
que te quierá casá con don Visente,  
cuando es un animal... aunque mu rico  
(mejorando, señores, lo presente).  
Si ahora no soy naa,  
ó por mejó desir, soy un caarquiera,  
¿quién sabe er porvení ó la carrera  
que me tendrá la suerte designaa?  
¡Conque, chiquiya, basta ya! ¡No yores,  
que mu pronto vendrán tiempos mejores!  
Por tu amor lucharé como un valiente  
yevando tu recuerdo siempre impreso,  
y ó me cortan los moros er pisceno,  
ó he de gorver ar pueblo de tiniente! —  
Esto dijo Pedría, er voluntario,  
se corgó un deminato escapulario  
de la Virgen bendita  
que yorando le dió la probesita,  
y entré alegres cansiones de la tierra  
dejó á su novia y se marchó á la guerra.

¡Ya es sordado Pedría! ¡Entró en campaña,  
y pensando en su novia y en su aldea  
preparó su fusil, dió un *Viva España!*  
y se metió de yeno en la pelea!  
¡Qué modo de luchar! ¡Y qué era flojo!...  
¡Si sería er *gachó* valiente y bravo  
que en la primera acción lo hisieron cabo



na más que por su temple y por su arrojo  
 Ca ves que resonaba la corneta  
 y en sus notas vibrantes les decía:  
 «¡Pronto! ¡A la bayoneta!»  
 ar valiente Pedrín le parecía  
 la vos de Rosalía  
 que le hablaba disíéndole: — ¡Adelante!  
 ¡No desmayes! ¡Valor y sé constante!  
 Descansó cuatro días, pero luego  
 gorvió otra ves Pedrín á entrar en saego.  
 Se batió de *chipén*... y con fieresa,  
 como un buen español cuando se bate,  
 y recibió un balaso en la cabeza  
 en los últimos tiros der combate.  
 Creyendo er general que se moría,  
 le colocó en er mismo campamento,  
 como premio á su arrojo y valentía,  
 los modestos galones de sargento;  
 mas por una felis coinsidencia  
 no fué grave la hería,  
 y er valiente Pedrín sarvó la vía  
 mersed á los cuidaos de la siensia.

¡Ya está sano otra ves! ¿Quién dijo miedo?...  
 ¡Otra ves á luchar en la trinchera  
 lo mismo que una fiera,  
 con er mismo valor é iguar denuedo  
 que cuando entró en acción por ves primera!  
 ¡Otra ves avansó su regimiento,  
 y otra ves fué Pedrín en la guerriya,  
 y otra ves un balaso en la rodiya  
 le obligó á abandonar er campamento  
 pa dir al hespital en la camiyal  
 ¡Maresita de Dios, qué noche aquéya!  
 ¡Y menos mal que se ganó una estreya!  
 Pa rematá: que el chico fué un valiente;  
 que después de diversa discusiones  
 sesaron de jaserse operaciones;  
 y que ayegó la pas tranquilamente  
 pa descanso de aqueyos infelises,  
 y que gorvió Pedrín siendo tiniente  
 y yenito hasta aquí de cicatrisés.

Cuando gorvió á su pueblo er voluntario,  
 desde lejos veía er campanario  
 sobre el puñado de casitas blancas,  
 y al oír desde lo arto de la cuesta  
 que la campana repicaba á fiesta,  
 según dijo después, le parecía  
 la vos de Rosalía  
 que le hablaba disíéndole: — ¡Adelante!  
 ¡Que aquí te aguardo yo, siempre constante!  
 Yegó por fin, cuando la gente toda

salfamos der templo, de una boda,  
 y ar quere preguntá lo que ocurría,  
 se encontró de repente  
 mi pobresito amigo...  
 ¡conque era Rosalía  
 que se había casao!...

— ¡Con don Vicente?  
 — ¡Quiá, no señó! ¡Que se casó conmigo!...

*Ficero Urayzoy*

## CARTA EXPLOSIVA

«Señores dinamiteros,  
 Mis queridos compañeros  
 (hay que tratarlos así):  
 Muy señores míos y  
 apreciables petroleros.

Yo, que siempre respeté  
 vuestro programa atrevido  
 con la mejor buena fe  
 y el respeto más cumplido,  
 hoy debo deciros que  
 esa bomba que estalló  
 en el Liceo, causó  
 en mi ánimo triste pena:  
 ¡Hay ciertas cosas que no  
 deben ponerse en escena!

¡El caso no tiene igual!  
 Vuestro faror criminal  
 debéis llevar á otra parte,  
 ¡No meteros con el arte,  
 que vamos á salir mal!

¿Sembrar espanto y horrores  
 entre los espectadores?...  
 ¡Sin que una bomba reviente,  
 ya les damos los autores  
 petardos diariamente!

Yo os ruego que nos dejéis  
 y que el faror que empleáis  
 en otro campo se adiestre,  
 ¡que en Barcelona me habéis  
 estropeado un trimestre!

¿No halláis otras diversiones  
 más indignas desde luego  
 que nuestras pobres funciones?  
 ¿No tenéis casas de juego  
 con el nombre de *Frontonis*?

¡Con vuestro negro estandarte  
 idos malditos de Dios,  
 pues, si os metéis con el arte,  
 yo me mato en cualquier parte  
 con un anarquista ó dos!

En mi carácter sencillo,  
 ni me incomodo ni chillo  
 aunque me sobre razón;  
 ¡pero me vuelvo un león  
 tocándome al panecillo!

Cuando el público aplaudía,  
 hace ya un siglo, pedía  
 bomba y más bomba inocente.  
 ¡Progresando, llegó el día  
 que una bomba nos reviente!

Señores dinamiteros  
 y renegados obreros:  
 ¡con el respeto debido  
 á todo estoy decidido,  
 apreciabais compañeros!

Si no seguís otra pista,  
 tengo letras á la vista  
 con que pagaros audaz:  
 ¡en una junta anarquista  
 os leo un drama, y en paz!

Por un autor cómico que no sabe firmar,

*José Jackson Ueyan.*

## CUENTO VIEJO

(por *Mecachis*).



Por un soto del Jarama  
 un cazador discurrendo



vió dos conejos durmiendo  
 al pie de una misma rama.



—¡Ánimas! si desde aquí logro este tiro oportuno, os doy á vosotras uno, guardo el otro para mí.



Dijo, y ¡pum! allí quedó un conejo rematado



mientras el otro, asustado del tiro, rápido huyó.



Y él, sin andarse en chiquitas exclamó al momento: —¡Digo! ¡que paso lleva el amigo de las ánimas benditas!

## OTRO CUENTO VIEJO

Don Sisebuto Pitorro, señor apergaminado, solterón, bien trajeado y camandulero y zorro, trasnochaba con frecuencia y á las dos, desde el café, se iba á casa, después de comprar *La Correspondencia*, que, como es de presumir, en la cama la leía, pues de cena le servía y de gorro de dormir. Una noche se acostó, siempre á su costumbre fiel, Pitorro, y en el papel con este anuncio topó:

*"Hace falta un caballero de educación temerada, de edad un poco avanzada, de buen humor y soltero, que no tenga inconveniente en ir á Cuba, alojado*

*en primera clase, al lado de un señor convaleciente.*

*El que para empresa tal y en condiciones se halle, que se presente en la calle del Turco, seis, principal."*

Leer este anuncio don Sisebuto con sorpresa, vestirse con mucha prisa dejando fuera el faldón y correr con desaliento, haciendo en la nieve un surco, hasta la calle del Turco, todo obra fué de un momento, —¡Sereno... sereno...!

—¿Qué?

—Abre pronto ese postigo y sube á escape conmigo al principal.

—Le abriré; pero yo ¿á qué he de subir? —Es de precisión, pollino;

no conozco al inquilino y sin ti no me va á abrir. Te juro por esta cruz que lo que digo es exacto. Y se convenció en el acto aquel gusano de luz. Repicar éste hizo al hierro del principal en seguida; la gente estaba dormida; se oyó el ladrido de un perro; transcurrió una eternidad para Pitorro, y después una voz dijo: —¿Quién es? —¡Abra usted á la autoridad! Nueva espera; el tiempo pasa, la vecindad se despierta y se oye desde la puerta gran trajín dentro de casa. Al fin sale una sirvienta y así el sereno la grita: —Este señor necesita ver á tu amo urgentemente. —Que pase—grita el señor— á la antesala un minuto.

Y pasa don Sisebuto sudando á más y mejor. Poco después se presenta envuelto en lujosa bata el señor, de quien se trata, con la cara macilenta.

—Grave, dice, debe ser lo que me va usted á decir, pues la hora de venir así me lo hace temer, —No es grave, pero es de urgencia, como usted verá bien presto. Lef el anuncio que ha puesto usted en *La Correspondencia* (creo que en la cuarta plana) solicitando, prudente, un caballero decente que le acompañe á la Habana... —¿Y bien?

—Que, de ello enterado, le vengo á decir, amigo, ¡que no cuente usted conmigo, porque estoy muy ocupado!

*José Estruñ*



## CUENTO DE HADAS.

La historia, que se entrelene en contarnos tantas patrañas cuyo estudio es obligatorio y necesario, no nos ha hablado nunca del privilegiado y hermoso principado de Floracia, uno de los estados más prósperos, pacíficos y envidiables de la tierra. Sólo el famoso y eximio Mendax, historiador fantástico y pintoresco, graduado en la universidad de Nescieburgo, trata de este asunto en un preciosísimo códice, desconocido hasta el día, por estar escrito en estornia-co, idioma cuyo conocimiento se llevó al otro mundo cierto amigo mío, presidente que fué de la Real Academia de Conocimientos inútiles, el cual me contó, antes de morir, por supuesto, el caso de que ahora soy puntualísimo cronista.

Y es que hace ya muchísimo tiempo que gobernaba aquel feliz estado el príncipe Cotiledón, el soberano más querido de cuantos tuvieron súbditos.

Tanto bien había hecho durante su próspero reinado, que le estaban agradecidas hasta las hadas que habitaban en los cercanos bosques, de las cuales había recibido en varias ocasiones favores y presentes de gran valor.

Tenía el príncipe una hija de quien había sido madrina la misma Titania en persona, la cual regaló a la recién nacida un brebaje confeccionado con jugo de pétalos, aceite de plumas y esencia de rayos de luna, cuya primera toma transformó a la princesita en la mujer más linda, gentil y graciosa que nació de madre.

Pero el convencimiento de la propia hermosura hizo a la doncella orgullosa, casquivana y petulante, tanto que su mismo padre, que la adoraba, llegó a notar que la niña se había hecho antipática e insoportable a todo el mundo.

Cuando trató de casarla, de los muchos príncipes que de varias y remotas tierras acudieron al llamamiento que se les hizo por medio de los farantes de la corte, ninguno llegó a yerno de Cotiledón, a pesar de los muchos encantos que reconocieron en la doncella cuya mano se subastaba.

Y era porque unos la hallaron pagada en demasía de su persona, y porque otros fueron desdenados por ella, que no los encontraba dignos de poseer tan rico tesoro.

Desde entonces el padre, creyendo que los espejos eran los culpables de aquella desgracia, mandó destruir cuantos había en palacio, y ordenó que se cerraran para siempre todas las fábricas de cristal que hubiera en sus dominios.

Pero la hermosa princesa, nuevo Narciso que gozaba en la contemplación de su propia imagen, tuvo la precaución de guardar bajo siete llaves un abanico de plumas en cuyo centro había un espejillo guarnecido de brillantes y esmeraldas.

Nació poco después otra infanta, de la cual fué también madrina la reina Titania, regalándole otro frasquito del mismo elixir que había hecho tan hermosa a la primera.

El padre mandó que no se administrara semejante pócima a su segunda hija; pero la madre—(al fin mujer)—a hurtadillas de su marido le dió dos ó tres cucharadas que obraron en la infanta el mismo efecto que en su hermana mayor.

Desolado el príncipe al saberlo, temiendo que la hermosura causara a su segunda hija los mismos perjuicios que había causado a la primera, corrió presuroso al bosque en que habitaba el hada Urgelia, de quien sabía que le profesaba particular afecto y a quien él solía recurrir en sus perplejidades.

Llegó al bosque, y en una deliciosa y fresca pradera cuyas muchas y hermosas flores se miraban coquetas en las cristalinas aguas de un pacífico y silencioso río que por allí pasaba a la sazón, hizo el príncipe el conjuro que él sabía que era menester para que se le presentase Urgelia.

El suavísimo aroma de aquellas flores fué transformándose poco a poco en ligero y azulado vaporcillo que, al atravesar los rayos del sol, se abría en curvas, como vetas de jaspe que, retorciéndose y enlazándose entre sí, vinieron a formar como un jirón de niebla que, después de reflejar los más brillantes colores del iris, tomó la forma de una mujer hermosa y atractiva, cuyo cuerpo no obedecía a las leyes de la gravedad ni de la impenetrabilidad, pues se sostenía sin tocar en el suelo, y a través suyo y aun dentro del espacio que ocupaba, se veían ramas y flores, y por él atravesaban las mariposas sin hallar el menor obstáculo.

—Heme aquí, gran señora—dijo el príncipe, a quien no sorprendió tal fenómeno, a que estaba acostumbrado;—heme aquí a tus plantas para rogarte que me ayudes en la tribulación en que me veo.

—Habla—dijo Urgelia con voz de orquesta oída por teléfono.

A cuya invitación el príncipe expuso al hada los serios temores que le inspiraba la hermosura de su segunda hija, cuyo nombre aún no hemos dicho; pero ya saldrá.

—Supongo—repuso la fantástica doncella—que no desearás que tu hija pierda el rico don de la hermosura.

—Yo, señora!...

—Haces bien en no pretenderlo: en primer lugar, porque sería un desatino; y en segundo, porque yo no había de concederlo, pues habiéndola hecho hermosa Titania, mi reina y señora, sería nefando desacato pretender contrariarla.

—Entonces—dijo desolado Cotiledón,—¿no hay ninguna esperanza?

—Ninguna, si desconfías de mi ingenio femenino.

—¿Desconfiar yo, señora!...

—En ese caso, manda cazar siete libélulas negras y que las machaquen en un mortero de ágata; colado el jugo que suelten, mézclase con agua de rosas de pitimín; espolvoreese el líquido que re-



sulte con polvillo de alas de pavón diurno (vanesa Io de Linneo) y póngase todo en una regadera que te dará secretamente tu farmacéutico de cámara. Cuando tu hija Clavelia (ya salió el nombre) esté dormida, vas á su habitación con sigilo y riegas su cara, como si fuera una flor, con el líquido preparado según mi fórmula, que cuidarás de agitar antes de usarlo.

Nada más pudo decir la hermosa Urgelia, porque en aquel momento pasó por allí un cebrillo travieso y la deshizo, llevandosela en flotantes jirones de sutilísimo tul. Hizo Cotiledón cuanto le había dicho el hada, sin que notara cambio alguno en el rostro de su hija.

Pero el efecto de la pócima era indudable: aquella niña creció y se desarrolló ganando perfecciones, pero siempre sencilla y modesta, cautivando corazones por su bondad, aún más que por su hermosura.

Sin embargo, la pobre infanta no era feliz. Amaba la soledad, huía de la gente y procuraba ocultar el rostro cuando estaba entre las damas y caballeros de su corte. Mil veces la sorprendieron vertiendo silenciosas lágrimas, y jamás consiguieron que se presentara en torneos, toros ni cañas, aunque muchas de estas fiestas se daban exclusivamente en obsequio suyo. Regalaba á sus doncellas los ricos trajes y las preciadas joyas que se hacían y labraban para ella, y sólo guardaba para sí hábitos de modesta lanilla sin adornos ni caprichosos cogidos.

Una vez le dijo su padre que era menester casarla, á lo cual ella se negó, pretendiendo que se la permitiese profesar en el monasterio más apartado de la corte.

Pero el padre no podía ni debía complacerla, pues, no habiéndose casado su hija mayor, era menester un hombre que heredara el gobierno de aquel estado, que no podía confiarse á una mujer.

—Me resigno á obedecerte, padre mío; pero estoy segura de

que no habrá ningún príncipe en la tierra que acepte mi mano. —Yo estoy seguro de que todos se la disputarán—repuso Cotiledón.

—Eres muy bueno, padre, y tratas de engañarme por el cariño que me tienes y por caridad; pero si alguien acepta mi mano, será por ambición, que no por el amor que le inspire.

—¿Y por qué tienes tales temores?

—Demasiado lo sabes tú; no quieras que pase por la humillación de confesarlo.

No comprendió ni una palabra el padre; pero vió á su hija tan conmovida, que juzgó prudente no insistir, aun á costa de no satisfacer su curiosidad.

Poco tiempo después, volvió Cotiledón á ver al hada Urgelia y le dijo:

—Vengo, gran señora, á darte las gracias por el beneficio inapreciable que me hiciste al darme la receta de aquel elixir. Ha obrado maravillas: mi hija Clavelia, aún más hermosa que su hermana mayor, ha sido, sin embargo, tan modesta y sencilla que todos mis cortesanos y mis súbditos la adoraban, sin que ella se sintiera por eso superior á los demás. Cuando traté de casarla, cien príncipes se disputaron su mano, y hubo desafíos y muertes; y al fin el emperador de las Islas Dichosas consintió hacerla su esposa y ambos viven felices en sus estados,

que unirán á los míos á mi muerte. Y ahora, encantadora Urgelia, ¿quieres decirme cómo has podido lograr tan gran milagro?

—Es muy sencillo—repuso el hada:—tu hija Clavelia se miró en un espejo que guardaba su hermana, y gracias á mi pócima se vió en la imagen horriblemente fea; con lo que conseguí que ignorase su hermosura, y de ese modo al encanto que tiene toda mujer hermosa ha unido el de la bondad que suele adornar á las feas.

José Estremera.



## Zarzuela cómica.

Cómo deben empezar los cantables (por Cilla).



Romanza de tiple.

Siempre que le veo desde mi balcón, típi, típi, tape me hace el corazón.



Dúo amoroso.

—¿Cuánto te adoro!  
—¿Cuánto te quiero!  
—Tú eres mi estrella.  
—Tú mi lucero.

(Este sirve también para zarzuela seria.)



### Pasacalle.

Aquí viene lo bueno,  
¡viva tu madre!  
¡y olé y olé!  
que se trae las hechuras  
de las personas  
de calidá.  
¡Guá!



### Couplets del tenor cómico.

¡Venid acá  
sin dilación!  
¡Voy á entonar  
una canción!  
¡Pon!



### Coro de niños.

Nosotros somos...

(Aquí lo que sean, porque algo han de ser las pobres criaturas.)



### Dúo de viejos.

—¿Cómo está usted?  
—¿Qué tal le va?  
—¡Ji, ji, ji, ji!  
—¡Je, je, je, je!  
—¡Ja, ja, ja, ja!

## Año nuevo...

Nada, hay que cambiar de vida,  
pero decididamente;  
ya ni salud se resiente  
y mi caudal se liquida.  
Esto no puede seguir  
por el camino que va,  
pues me voy cerrando ya  
todo honroso porvenir.  
Nada, una vida tranquila  
tras de vida tan inquieta;  
no me meto á anacoreta  
porque eso ya no se estila;  
mas, sin salir de poblado  
haré una vida ordenada,  
la que me conviene... Nada,  
siento plaza de hombre honrado.  
Procediendo como tal,

malo, muy malo ha de ser  
que no llegue á reponer  
mi salud y mi caudal.

Por de pronto, me conviene  
aprovechar esta racha;  
voy á ver á esa muchacha,  
sí, señor, á ver á Irene.  
Y, aunque sienta el desengaño  
y me diga cien horrores,  
sepa que nuestros amores  
se concluyen con el año.  
Por no humillar su altivez  
la tendré que preparar...  
quizás la lleve á cenar,  
¡pero por última vez!

¿Y á esos amigos taimados  
que me explotan?... Á esos, nada;  
si hallan mi puerta cerrada  
se darán por enterados.  
Ea, el gabán y el bastón,  
y á la calle... ¡Ah!... ¡Federico!...  
Bueno es advertir al chico  
por vía de precaución.  
—Federico, esto ha cambiado;  
año nuevo, vida nueva,  
y voy á darte una prueba  
de mi propósito honrado.  
Se acabó el vivir en grande,  
desde hoy vida de familia,  
y hasta pondremos vigilia  
cuando la Iglesia lo mande.  
Por de pronto, buscarás

una cocinera fea,  
muy fea... cuanto más sea,  
habrá de gustarme más.  
En mi casa he de vivir.  
—Bueno ¡y desde hoy ha de ser!  
—No, hombre; hoy no vendré á comer,  
y puede que ni á dormir.  
Mas de mañana no pasa,  
no pasa de ningún modo;  
tenlo tú dispuesto todo  
y arregladita la casa.  
Conque ya estás enterado,  
cambio de vida y me enmiendo...  
Federico, sonriendo:  
—¡Igual que el año pasado!

Eusebio Sierra.

## El chocolate del loro (por Cecilio Plá).



Estoy en muy mal camino.  
La casa, el abono, el coche,  
las carreras, el casino,  
las cuchipandas de noche;

á lo cual hay que añadir  
lo que Amparito se lleva...  
¡Bah! no se puede seguir.  
¡Año nuevo, vida nueva!

Hay que ser prudente y bueno  
para contener la ruina.  
¡Desde mañana el sereno  
se queda sin la propina!

### Amorosas.



Dios te libre, alma mía,  
de ser celosa;  
que ésa es una manía  
muy fastidiosa,  
que no conviene  
ni al que debe aguantarla  
ni al que la tiene.

Tú eres pecadora, Luisa;  
fueron tus deslices tantos  
que la carga de tus culpas  
te pesa hace muchos años.  
Pero tales son la gracia  
de tu cuerpo de alabastro,  
la hermosura de tus ojos  
y la atracción de tus labios,  
que Dios no podrá, aunque quiera,  
dar castigo á tus pecados,  
porque si vas al infierno...  
¡la gloria estará allá abajo!

Huyamos de las niñas candorosas,  
que preguntan á veces nnas cosas...

Será, si se decreta el amor libre,  
una de tantas leyes del embudo,  
pues aunque quiere el hombre ser de muchas,  
desprecia siempre á las que son de muchos.

¡Las once! Ya no viene.  
¡De seguro algún hombre la detiene!  
Porque, á no ser por eso, ella no tarda  
sabiendo que es un hombre el que la aguarda.

Que espere aún me dice tu sonrisa  
cada vez que te dejas.  
¡Esperar! ¡No por Dios! ¡Vamos de prisa!  
¡Si supieras, Felisa,  
cuán soso es el amor que se hace viejo!

Creerán en las hurfes de Mahoma  
los árabes que mueren en la guerra,  
mas por si acaso es broma,

cada *quisque* se toma  
su anticipo de harem sobre la tierra.

Cuando te pongas tierno  
no jures en tu vida amor eterno;  
porque el recuerdo del perjurio amarga,  
la pasión es propensa á veleidades  
y resulta, á la larga,  
que no puede un cristiano con la carga  
de quince ó diez y seis eternidades.

Te respeté. Fuí necio,  
porque así me he ganado tu desprecio.

Gastar dinero con la hijas de Eva  
dicen que es tontería. Yo lo creo...  
si algún sabio me prueba  
que se le puede dar mejor empleo.

Eras pobre, y hoy deslumbras  
con las alhajas que llevas.  
Tú no has podido comprarlas,  
luego te compraron ellas.

Cuando un hombre á amarte empiece  
niégale lo que apetece,  
que en el momento oportuno,  
más que un favor, se agradece  
el no conseguir ninguno.

Ella, que no me tutea,  
«¡márchate!» me dijo altiva.  
Palabra casi ofensiva  
que me supo á miel hiblea!

Cuando tú me das la mano,  
sin alma, niña, me quedo,  
porque se me marcha toda  
por las puntas de los dedos.

Sinesio Delgado.





## ANUNCIOS

<p><b>Sano consejo.</b> El fiel cristiano que quiera cuidar de sus intereses, compra en casa de <i>Pasquera</i> los pantalones ingleses. <i>Magdalena, 20.</i></p>	<p><b>Guardias, guardias!</b> Vayan ustedes en seguida a la calle de Cedaceiros, 1 y 3, a los almacenes del <i>Petit Barcelona</i>. —¿Qué pasa? —Que se ha sabido que es allí donde venden más baratos los trajes para niños, y los padres se están dando de puñaladas por entrar.</p>	<p><b>Señoras.</b> —Mi ropa no tiene brillo; voy elegante y sencillo. Donde quiera que me paro se para la gente... ¡Claro! ¡Me viste <i>Jesús Castillo!</i> <i>León, 28.</i></p>	<p><b>Satisfacción interior.</b> Yo como, yo bebo mejor que un inglés, y sólo me cuesta diez duros al mes. <i>Las Tullerías.—Matute, 6.</i></p>
<p><b>Con razón.</b> Anteayer, después de misa, me echó el párroco un responso, sólo porque mi camisa no era de <i>Arvizu y Alonso</i>. <i>Plaza de Santo Domingo, 18.</i></p>	<p><b>Cantar.</b> Son muy bonitas tus manos y tus muñecas también; pero, hija, para muñecas las del <i>Bebé Parisién</i>. <i>Barquillo, 5.</i></p>	<p><b>Telegrama.</b> (Cielo 4 Enero 1894.) Los <i>patasón</i> que usa Dios se los hace por su cuenta <i>Gras, hijo, Alcalá, cuarenta, y Príncipe, veintidós.</i></p>	<p><b>¡Gran noticia!</b> Se pueden hacer retratos de ruidos que no se oyen, usando los aparatos de la tienda de <i>Irigoyen</i>. <i>Esparteros, 3.</i></p>
<p><b>¡Credéme!</b> Los pies llenos de defectos son cosa muy fea, y no hay más que <i>Eugenio Lledó</i> que haga zapatos perfectos. <i>León, 34.</i></p>	<p><b>Carta familiar.</b> «Abuela, te participo que me casé con Elena, y que me vende el equipo la <i>Exposición de Viena</i>.» <i>Mayor, 12.</i></p>	<p><b>Aviso útil.</b> Es una tontería tener flemones, siendo el lema de <i>Tirso</i> ¡Fuera raigones! <i>Mayor, 59.</i></p>	<p><b>Participo a ustedes.</b> Que regalaré a mi novia, cuando me tome los dichos, caprichitos con perfumes, pues le gustan los caprichos... (De la <i>Perfumería Americana</i>.) <i>Espoz y Mina, 26.</i></p>
<p><b>Adagio.</b> Tres cosas hay en Madrid que son dignas de admirar: el Museo de Pinturas, una ópera en el Real y el salón peluquería dirigido por <i>Tomás</i> en el número cuarenta de la calle de <i>Alcalá</i>.</p>	<p><b>En la calle.</b> —La compro a usted lo que quiera; ¿quiere usted un bizcocho, gloria? —¡Hombre! En lugar del bizcocho cómpreme usted una pulsera que he visto en casa de <i>Soria</i>. <i>Magdalena, 18.</i></p>	<p><b>En un álbum.</b> «Yo no tengo inspiración, niña de mi corazón. ¡No la tengo sin beber <i>Cognac Rno de Moguer!</i>» <i>Guinea.—Carreras, 27.</i> <i>Depósito de vinos.—Arenal, 2.</i></p>	<p><b>Casó raro.</b> Me calzo en <i>La Bota de Oro</i>, acabo de andar cien leguas, traigo ya los pies deshechos, ¡y las botas están nuevas! <i>Magdalena, 7.</i></p>
<p><b>Desgracia.</b> D. M. S. ha puesto fin a sus días por no haber podido lograr el único capricho que había tenido en su vida: hacerse un traje en la sastrería de <i>Agustín Pérez</i>. <i>Príncipe, 39.</i></p>	<p><b>Un milagro.</b> Don <i>Leandro Malpartida</i> quedó de frío difunto; la familia, conmovida, le puso un traje de punto y resucitó en seguida. <i>Tirso Rodríguez.—Atocha, 75 y 77.</i></p>	<p><b>Consuelo.</b> Hoy es mi dolor profundo; y en cuanto <i>Rubio</i> me afeite, ya pensaré que está el mundo como una balsa de aceite. <i>Peligros, 10 y 12.</i></p>	<p><b>Por la noche.</b> Si se enfada tu mujer, como suele acontecer, al punto la llevarás un regalo de la <i>Perfumería de Tomás</i>. <i>Mayor, 36.</i></p>
<p><b>En secreto.</b> Para lanas y colchones no hay en Madrid una tienda que tenga más relaciones ni que más barato venda. <i>Barquillo, 30.</i></p>	<p><b>A un turista.</b> Es en vano que te arrojes a buscar por las montañas quien componga los relojes como los compone <i>Brañas</i>. <i>Matute, 12.</i></p>	<p><b>Un modelo.</b> Va siempre <i>Pepe Garlopa</i> sin una arruga ni un sifete, y es porque le hacen la ropa <i>Escudero y Navarro</i>. <i>Plaza del Ángel, 15.</i></p>	<p><b>Histórico.</b> A <i>San Pedro</i>, que era calvo, le picaban los mosquitos, y Dios le dijo:—Usa <i>Quina de Palomar</i>, Periquito. <i>Fuencarral, 24.—Perfumería.</i></p>
<p><b>¡Guerra al frío!</b> No compres una bufanda para abrigarte con ella. Más abriga una botella del legítimo de <i>Arganda</i>! <i>Calle de San Marcos.—Bodega Ibérica.</i></p>	<p><b>¡Bebed!</b> El anís del <i>MADRID CÓMICO</i>, que es sabroso, dulce, sano y de lo más económico que puede hallar un cristiano. <i>Vicente Lóbez.—Zaragoza.</i></p>	<p><b>Pues señor.</b> Conozco más de un devoto que se pasa los instantes en éxtasis, con las fotografías interesantes. <i>Catálogo, 50 céntimos en sellos, remitidos a The Publishing Office, Amsterdam.</i></p>	<p><b>El espíritu.</b> Compre a <i>M. Sanz</i> unos lentes, y salen tan excelentes que, si voy a los salones, veo... hasta las intenciones de todos los concurrentes. <i>Príncipe, 20.</i></p>
<p><b>Humorzuelo.</b> Me parece un avestruz todo el que encontrar <i>Aspetra</i> mejor sastré que <i>Pereira</i>, de la calle de la <i>Cruz</i>.</p>	<p><b>Un sportman.</b> Dos camisas de <i>Martínez</i> compré antes de ayer <i>Quirós</i>, y ambas le gustaron tanto ¡qué lleva puestas las dos! <i>San Sebastián, 2.</i></p>	<p><b>Encargo.</b> Si haces una casa, pon luz eléctrica, <i>Permin</i>, y encarga la instalación a <i>Don Manuel Florentín</i>. <i>Ballesta, 20.</i></p>	<p><b>Disputa.</b> —¡Yo prefiero la patata! —¡Yo el besugo en escabeche! —¡Pues yo un vasito de leche tomado en <i>La Flor y Nata!</i> <i>Plaza de Celenque, 1.</i></p>
<p><b>Preguntado yo...</b> Si siendo la mar salada dedican odas al mar, ¿qué harían si se volviera de <i>Cólos</i>?... ¡Clamar! <i>Fuencarral, 24.</i> <i>Perfumería y Droguería.</i></p>	<p><b>Declaraciones.</b> Cuando me pica me rasco, y cuando cubrirme quiero, voy y me pongo un sombrero de <i>M. García Carrasco</i>. <i>Carreras, 26.</i></p>	<p><b>A los enfermos.</b> Todo el que tema caer en las redes de la <i>Parca</i>, tome jerez de la marca de la <i>Viuda Ruiz de Mier</i>. <i>Ruiz del Río.</i> <i>Jerez de la Frontera.</i></p>	<p><b>Decid, niño:</b> —¿Cuál es el sitio más sano en invierno y en verano, cuando nieva y cuando llueve? —¡La bodega de <i>Medrano</i>, <i>Plaza de Matute, nueva!</i></p>

*Vista de Ilustración*

Manchas, pecas, sabañones, barros, costras, quemaduras, granos, herpes, picaduras, escamas y escoriaciones.

Farmacia de Torres Muñoz.—San Marcos, 11, y San Bartolomé, 7.

todo, por gracia divina, se destruye por igual con el Coldcream *virginal* con base de glicerina.

**A las lavanderas.**

Para lavar ropa fina y ordinaria, usad los jabones de *La Fusionaria*.

Castillo.—Carrera, 12.—Tudela.

**Born y muelas.**

Se tienen fuertes, sanas, perfumadas y sin dolor, usando á diario el mejor de los dentíficos:

**Licor del Polo de Orive**

que calma los dolores de muelas al descuido que no sigue la

**Higiene de la boca**

y los evita infaliblemente al que se enjuaga con tan superior dentífico una vez al día.

Blanquea y fortifica la dentadura, endurece, sonrosa y tonifica las encías, y embalsama y perfuma el aliento viciado por enfermedades ó tabaco. Exigidle con la marca de fábrica en las farmacias y perfumerías de crédito, porque, como todo producto de mérito, tiene muchos imitadores.

**Lamentación**

Así en el alto monte perdido entre las peñas decía un ermitaño tras dura penitencia: —¡Señor! yo dejaría las soledades éstas si el mundo todo fuese como la mente sueña. ¡Qué hermosas las ciudades serían si tuvieran de mosaicos hidráulicos el suelo en las viviendas, baldosas especiales en todas las aceras, cocheras, cuadras, patios, terrazas y azoteas, y objetos de cerámica por calles y plazuelas! Mas si esto es imposible por falta de riquezas, prefiero entre los riscos pasarme la existencia, durmiendo sobre rocas, comiendo sólo hierbas, ¡pero soñando siempre con tantas cosas bellas!

Escotel, Fortuny y C.ª, Alcalá, 18.

(Equitativa.)

**La experiencia.**

Los pájaros, convencidos, cuelgan camas de las ramas des que llegó á sus oídos que las del *Bazar de Camas* son mejores que los nidos.

Plaza de la Cebada, 1.

**Reuma.**

Se alivia á la primera untura sin necesidad de masaje. Y se cura con uno ó dos frascos del *Bálsamo de Orive*. Pedido en las farmacias de crédito. Por mayor á su autor, Bilbao, y á M. García, Madrid.

Capellanes, 1.

**A los anunciantes.**

A contar desde el presente número, y á consecuencia de las reformas introducidas en el periódico, no podemos seguir publicando los anuncios en la forma antigua, porque los clichés de los grabados cuestan un ojo de la cara. Queda por lo tanto suprimida esta sección, y de ahora en adelante sólo los admitiremos para insertar como los de esta cubierta. Los abonados que desean seguir anunciando, se servirán avisar oportunamente. El precio será de dos pesetas por inserción y hueco.

**MADRID CÓMICO**

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

**PRECIOS DE VENTA**

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peñalver, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

**BIBLIOTECA DEL MADRID CÓMICO**

**FÁBULAS Y CUENTOS**

POR JOSÉ ESTREMEIRA

Precio, 2 pesetas.

**NIGUJAS**

POR J. LÓPEZ SILVA

Precio, 2 pesetas.

**MOLVONA BOLA**

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

**ESPAÑA CÓNICA**

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.

**TUTIBIRUNDI**

POR LUIS TABOADA, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3,30 pesetas.

**GLASS VIVA**

POR J. PÉREZ ZÚNIGA, DIBUJOS DE CILLA, MECACHIS Y GROS

Precio, 3 pesetas.

**ALMENDRAS AMARILLAS**

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

**Calculos del Madrid Cómicos.**

Cada año, á contar desde 1893, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes: Sin encuadernar.—A los suscriptores: 8 pesetas.—A los no suscriptores: 10 pesetas. Encuadernado en tela.—A los suscriptores: 10 pesetas.—A los no suscriptores: 12,50.

**GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS**

**COGNACS SUPERFINOS**



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

**CHOCOLATES Y CAFÉS**

DE LA

**COMPANÍA COLONIAL**

**TAPIOCA, TÉS**

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID